

TIEMPO PRESTADO
NOTICIAS DE UN PAÍS LEJANO

HAN NEFKENS

*Para Felipe.
Para mi padre y Lisette.
Y para Ana Crespo*

ÍNDICE

Levantar el vuelo
Un detalle de amigo
La fiesta de la zanahoria
Papá al teléfono
Viewmaster 1
Decir chorradas
El dolor previo
Lucas
Dar vueltas
Casualidad
Agua
Mear
Viewmaster 2
De nuevo en casa
Una escapada
Tambaleante
Granos de arena
Asociación Afasia
Emmental
Viewmaster 3
El mismo
Instrumento de pesca
La palabra equivocada
La guerra
Sano
Viewmaster 4
No es nada
¿Qué puede ser?
Fijas
Un vacío lleno
La escalera
Viewmaster 5
Practicar
Teatro gratis
El periódico
La bolsa
La excusa
Viewmaster 6
Al mismo nivel
Trucos
El pan
Enfadado
El aguacate cabreado
Viewmaster 7
Sin sonido
Nirvana

Conocimiento pasivo
Bienvenido a casa
De todo corazón
Viewmaster 8
Fragmentos
Hace un año
Prisa
Desnudo bajo la piel
De viaje con un extraño
Viewmaster 9
La puerta de entrada
Paseo matutino
Cuarenta euros
Little Children
Alegría versus alegría previa
Entierro en Bali
Necio
El botón correcto
Humareda
Viewmaster 10
L'amour l'après-midi
Virgen
Un auténtico engaño
Sin las gafas puestas
Memoria
Salida de emergencia
Viewmaster 11
Fiesta
Trozos y partes
Rascar
Afectación
Dolor
Lo más bonito del mundo
Auténtico arte
Cumpleaños
Tiempo prestado

Levantarse el vuelo

Un día de octubre de 2001 estaba sentado en una terraza de Barcelona, la ciudad donde vivo cuando de repente, la señora de la mesa de al lado empezó a temblar. No sólo se movía la señora, sino también la mesa, la calle, toda la Plaza Cataluña. Pensé que iba a caerme, me agarré a los brazos de la silla y entonces, como durante un terremoto, vi pasar a toda velocidad instantáneas de mi vida. Era como el Viewmaster que cuarenta años atrás me habían regalado mis padres cuando fueron a visitar a mi abuela. Pero en lugar del Jet d'Eau y el Palais des Nations tenía ante mis ojos fotografías elegidas al azar de mi propia vida, imágenes de las que ni siquiera sabía que las conservara en alguna parte.

El temblor continuó. Mi médico holandés estaba al corriente de los inhibidores de VIH que tomaba. Yo ya había tenido tiempo para acostumbrarme. Desde 1987 había tomado siete cócteles diferentes de medicamentos y cada nueva medicina tenía sus particulares encantos ocultos: dolor de cabeza, insomnio o una sensación de agobio, dolores musculares, debilidad, diarrea o estreñimiento, manchas rojas en la piel o simplemente un tono parduzco como si acabara de volver de esquiar. Pero aquella vez era peor que nunca. Al igual que mis médicos, estaba convencido de que todo estaba provocado por el nuevo cóctel que había empezado a tomar a principios de año. No había alternativas así que sólo tenía una elección: apretar los dientes y aguantar lo mejor posible.

En aquella época no podía evitar pensar en mi madre que había muerto, tres decenios antes, a los 47. Durante años luchó contra el cáncer y, del mismo modo que los esquimales tienen cien palabras para la nieve, mi madre tenía un montón de expresiones para describir su cansancio: estoy derrengada, estoy hecha polvo, estoy baldada, no puedo con mi alma, estoy agotada, estoy reventada, estoy muerta y

sobre todo: no puedo más. En 2001 comprendí de pronto cómo había debido de sentirse, sin energía para prestar a sus cinco hijos la atención que requerían. El cansancio era un lazo a través del tiempo: mi madre y yo nos habíamos hecho aliados. Pero era un lazo agobiante; yo no quería ser como ella, tan silenciosa, tan retraída, para luego, a la misma edad que ella, irme para siempre.

Tal vez por eso me rebelé contra mi propio cansancio, una rebelión que sólo me chupaba energía. Siempre quería aguantar un poco más: diez minutos más en la máquina de *step*, escribir media hora más, una llamada más de teléfono, un correo electrónico más. Y lo hacía: consumía treinta calorías más, escribía otro párrafo, llamaba a un amigo de México o contestaba a una galerista de Islandia del mismo modo que mi madre iba conmigo al centro a comprarme unos zapatos nuevos o iba al parque con mi hermano pequeño para dar de comer a los patos. Igual que ella entonces, acababa una hora más tarde en la cama, mareado y con la cabeza que me estallaba.

Durante el verano y el otoño de 2001 intenté doblegar el cansancio con un ejercicio zen de mi propia invención. A veces era posible encontrar el reposo en la falta de fuerzas, pero muy pocas veces. Tenía la cabeza llena de algodón, algodón acerado. Cada semana era un poco peor, cada día me quedaba menos energía para escribir, para ver a los amigos, para ampliar mi colección de arte, visitar ferias y talleres de artistas, mantener el contacto con los museos a los que había prestado mi obra. La actitud zen se transformó en agotamiento total: permanecía tumbado en el sofá y a menudo no tenía fuerzas ni para poner otro vídeo.

Pero quería continuar. En agosto, Felipe, mi novio, y yo hicimos un viaje a Laos y Birmania. Se me pasó como una ráfaga de viento, sólo conservo retazos como si fueran recuerdos de juventud. Tenía la intención incluso de escribir una novela y un relato corto, pero a

menudo, después de teclear un cuarto de hora, tenía que acostarme hasta reunir la energía suficiente para poner por escrito la siguiente idea.

Escribía sobre el dolor de cabeza, los dolores musculares, la somnolencia continua, el hormigueo en los dedos, en los pies y alrededor de la boca, el sabor a acero, pero, sobre todo, acerca del cansancio, la vulnerabilidad que me causaba la fatiga, la idea de que me estaba convirtiendo en otra persona. También escribía sobre las transformaciones físicas: las mejillas hundidas, los brazos y las piernas flacos, la desaparición del culo, la barriga, las acumulaciones de grasa entre los omóplatos, a los lados de la nuca y debajo de la barbilla, la subida del colesterol. Intentaba mantenerme en pie con la idea de que eran cosas de la edad. Al mismo tiempo pensaba: mira, otros cada año un poco más viejos, yo, sin embargo, me mantengo joven y sólo sufro los efectos secundarios.

Me hice análisis de sangre, pero aparentemente todo estaba perfecto. El virus del VIH estaba contenido, era inapreciable. Mientras, intenté seguir escribiendo. Era como si vaciara los cajones y los armarios de mi despacho para guardar todo lo de valor en una maleta. Apenas eran trocitos y bocados, pedazos de una vida que se desvanecía. Sin saberlo me estaba preparando para un viaje, pero de ningún modo podía imaginar adónde me llevaría aquel viaje.

Y, entonces, aquel día de octubre empezó el temblor. Al principio era ligero, como si me encontrara en medio de una suave brisa. Pero poco a poco se volvió más fuerte: no sólo me martilleaba la cabeza, todo mi cuerpo se sacudía como si estuviera junto a la caldera de un gigantesco barco de mercancías. Cuando en noviembre le hablé a mi médico holandés del temblor y de la fatiga continua y paralizante, me ordenó que dejara inmediatamente de tomar las medicinas. Temía que los medicamentos me hubieran causado un tipo de intoxicación,

tan grave que puede llegar a ser mortal. Por primera vez en más de catorce años dejé mi férrea rutina de tomar tres veces al día, siempre a la misma hora, la medicación. Pensé que iba a sentirme radicalmente diferente, que iba a aflorar el auténtico yo, alguien no deformado por los efectos secundarios. Pero nada menos cierto; los síntomas se agravaron en seguida. En mi cabeza se formó una niebla que me tenía irremediablemente apartado de la realidad. Estaba demasiado cansado para preocuparme, sólo quería cerrar los ojos porque, incluso con las persianas bajadas, la luz en el dormitorio me resultaba cegadora.

A principios de diciembre nos mudamos. Literalmente me desentendí del asunto. Mientras Felipe y una amiga daban indicaciones a la gente de la mudanza para que lo empaquetaran todo, me alojé en un hotel enfrente de nuestra nueva casa, una casa que pisé por primera vez tres meses más tarde.

El 7 de diciembre, unos días después de la mudanza y dos meses después de que el mundo se pusiera a temblar en la terraza, apenas podía hablar. Casi ya no podía caminar erguido. Felipe llamó a Joep Lange, mi médico en Holanda, que cogió de inmediato un avión a Barcelona para llevarme consigo al Academisch Medisch Centrum de Ámsterdam.

«Ahora estoy en buenas manos, ahora todo va a ir bien», pensaba en la ambulancia de camino al aeropuerto. Pero los médicos no tenían ni idea de qué era lo que estaba mal, ni sabían, pues, qué era lo que había que hacer para solucionarlo.

Mi estado empeoró a ojos vistas en pocos días. Apenas era consciente de lo que me rodeaba. Temían que tuviera un tumor cerebral, pero al cabo de una semana de exámenes de todo tipo, los doctores llegaron a la conclusión de que, después de haber parado con la medicación, el virus del VIH me había bombardeado el cerebro. Este bombardeo había desembocado en una fatal inflamación del cerebro:

la encefalitis es un cuadro conocido en el último estadio del SIDA, pero gracias a los actuales inhibidores del VIH se da poco en Occidente.

Todo me daba absolutamente igual. Cuando Lisette, la mujer de mi padre y durante casi más de treinta años mi solícita segunda madre, me dijo que traía buenas noticias y que no parecía que tuviera un tumor cerebral, me eché a reír: pero ¿es que acaso me encontraba mal?

Para citar a mi doctor, estaba «como una cabra». Durante semanas estuve al borde de la muerte, luego cambió la situación y empezó un período de recuperación.

Era como si durante esas semanas mi disco duro se hubiera borrado, casi ni sabía cómo me llamaba. No podía comer sin ayuda, ni beber, ni ir al servicio, ni ducharme, ni siquiera podía vestirme. Cuando apoyaba los pies en el suelo, todo empezaba a girar y perdía el equilibrio. Todo lo que en otro tiempo era de lo más natural, tenía que aprenderlo de nuevo. Andar resulta complicado cuando ya no sabes con qué pierna tienes que empezar ni qué hacer entretanto con la otra. Comer un sándwich de queso era una tarea imposible: no sólo me faltaban las fuerzas para cortar el pan y llevarme el tenedor a la boca, ya no sabía siquiera cómo se hacía.

Pero nada de aquello era comparable con la impotencia que sentía porque las palabras se mantenían emboscadas en mi cabeza. Sabía que estaban en alguna parte, pero no las encontraba: cuanto más buscaba, más perdido andaba. Las palabras que brotaban no iban unidas a una imagen, eran palabras sin significado, como si procedieran de una lengua que yo no hablara. «Miércoles» significaba lo mismo que «leche», «funda de almohada» era «mermelada de fresa». Tenía la cabeza vacía. De vez en cuando oía un eco, pero no sabía de qué era eco aquello.

Cuando en febrero de 2002 me dieron el alta en el hospital, el neurólogo

dijo que todavía pasarían algunos años hasta que fuera de nuevo el mismo de antes. Asentí, pero estaba convencido de que el médico estaba equivocado: tal vez a otra gente con afasia le llevara mucho tiempo, yo iba a reponerme en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, el médico tenía razón. Tardé por lo menos dos años en manejarme más o menos bien y todavía ahora, después de más de cinco años, hay momentos en los que no me acuerdo del nombre del amigo que está sentado a mi lado. Cuando llego a un aeropuerto, muy de vez en cuando me pregunto sobresaltado dónde estoy y qué hago allí. Y alguna vez me ocurre que no me viene a la cabeza el rostro de la persona con la que estoy hablando por teléfono. Todos estos incidentes se producen de forma lo suficientemente esporádica para que pueda tranquilizarme a mí mismo con el pensamiento de que es cosa de la edad, de que hay mucha gente de 53 años que tiene que enfrentarse a trastornos pasajeros de la memoria; no tiene nada que ver con el momento en que el virus del VIH afectó a mi cerebro y yo, en cuestión de semanas, pasé de ser un adulto a convertirme en un crío de dos años. «Aquello se acabó», me digo en voz bien alta: «ya pasó, se terminó.»

Pero ¿por qué, cuando llego al barrio del hotel en el que pasé un mes al salir del hospital, me dirijo siempre hacia el lado contrario del Herengracht? ¿Por qué ya no como los panecillos con muesli del panadero que me mantuvieron vivo durante meses? ¿Y por qué me resulta tan difícil leer de nuevo lo que escribí hace cinco años?

Antes de poder volver a hablar de verdad, me guarecí tras el ordenador. Escribía en trance, el teclado me succionaba los dedos. A menudo no entendía lo que aparecía en la pantalla aunque lo hubiera escrito yo mismo. Leer me costaba una enormidad. A veces, cuando releía una frase, al llegar al final de la frase ya se me había olvidado lo que ponía al principio.

Me recordaba mis primeras semanas en México adonde me

mudé en el verano de 1978. Apenas hablaba español, pero tenía ganas de integrarme en la vida local. Todas las mañanas compraba un periódico mexicano en el quiosco de la esquina de la calle en la que había alquilado un apartamento. Me sentaba en una terraza a leer el periódico: comprendía algunas palabras, pero sólo podía conjeturar lo que ponía en la frase con todas aquellas palabras.

Durante los primeros dieciocho meses de mi recuperación ocurrió exactamente lo mismo. Entendía la mayor parte de las palabras que yo mismo había escrito, pero no tenía ni idea de por qué las había puesto juntas en una frase ni de qué quería decir con ellas. Era como si estuviera formado por dos personas: una que intentaba mantenerse en pie a cualquier precio, a pesar de sus tambaleantes piernas y las calles aparentemente en cuesta, y otra diferente que escribía sobre aquello en trance. Tan pronto como grababa mis elucubraciones en el ordenador, desaparecían aquellos fragmentos y la persona al acecho.

Para el resto de la gente ahora, después de cinco años, soy al fin y al cabo el de antes. Para mí, sin embargo, hay una diferencia: durante la encefalitis desaparecieron varias cosas, temores, vergüenza y recuerdos desagradables, que sigo sin recuperar. Ahora tengo menos miedo y soy más atrevido para hacer lo que considero importante: escribir, dar una oportunidad al buen arte o hacer algo por mis colegas seropositivos que no tienen acceso a los medicamentos que me salvaron la vida.

Todavía ahora, después de más de cinco años, luchan en mi interior dos impulsos contrarios. Por un lado, quiero olvidarme de ese período. No quiero hablar más de él, no quiero darle más vueltas, me gustaría que nunca hubiese existido. Carraspeo incómodo cada vez que mi hermana pequeña me cuenta que no la reconocía cuando me visitaba en el hospital y aparto la mirada cuando un amigo dice que es increíble que me haya recuperado del todo. Al mismo tiempo sé lo especial que resulta ser uno de los pocos que han vuelto de ese largo

viaje a un país salvaje y desconocido. La mayoría de mis compañeros de viaje no pueden contarlo y yo, sin embargo, no sólo he aprendido de nuevo a leer y escribir, puedo verbalizar además cómo fue. El precio de poder hacerlo de nuevo es que también debo hacerlo por más que, todavía ahora, me cueste escribir estas palabras y, cien veces más, releerlas.

Es algo excepcional que siga aquí, todos los días me doy perfecta cuenta. A veces echo de menos los primeros años de restablecimiento, años en que vivía totalmente volcado en el presente. Ahora contemplo con cierta melancolía el pajarillo libre que era entonces. Tal vez aquel pájaro haya volado, pero queda el otro, con una suerte enorme, que soy ahora.

Un detalle de amigo

La habitación del hospital está llena de gente. Sentados en círculo alrededor de mi cama, hacen todo lo posible por mantener una conversación. Preguntan cómo va todo, pero es una pregunta sin signo de interrogación al final, pues ya saben cuál será mi respuesta: un obstinado silencio.

«Una habitación llena de visitas —pienso— y todos han venido para verme a mí». Debería decir algo. Pero ¿qué decir ante una habitación llena de visitas? Por más que lo pienso, no se me ocurre nada. Nada de nada.

—Estaría bien saber qué se le pasa por la cabeza —dice una amiga preocupada mientras arrima la silla para no perderse por nada la posible primera palabra.

—Si es que en realidad se le pasa algo por la cabeza —dice otra amiga.

¡Será perra! Esa lista que no vuelva. De sobra sabe de qué va el asunto: no se me pasa nada por la cabeza. Y si tuviera alguna idea, no lo sabría. Y mucho menos podría contar de qué se trata.

Un amigo suspira, otro tose, otro susurra algo muy bajito y con respeto como se hace en una iglesia o en un museo de arte contemporáneo.

Pienso: «Tengo que decir algo para ayudarlos, pobre gente». Pero eso es lo único que pienso y todavía tengo la suficiente lucidez para saber que precisamente eso no lo debo decir. Así que sigo callado.

—Al parecer, sí son conscientes de lo que ocurre a su alrededor. Eso dicen también de la gente que lleva meses en coma —dice la amiga que he decidido que ya no puede volver—. Lo aprecian.

Los demás asienten. ¡Esos que tampoco vuelvan! Así que, en realidad, está bien que no diga nada. Si dijera algo, aquí estarían de nuevo mañana.

Una cosa tengo clara: si me recupero, cuando me recupere, elegiré otros amigos. Amigos que no vengan de visita cuando tenga encefalitis. Amigos que sepan que sólo hay una manera de responder al silencio: mantener solidariamente la boca bien cerrada.

La fiesta de la zanahoria

Todos los días por la mañana se acerca a mi cama un médico que me hace unas cuantas preguntas. Por mis respuestas intenta averiguar si estoy chalado.

—Señor Nefkens, ¿sabe dónde estamos ahora? —me interroga.

—En el Academisch Medisch Centrum.

—¿Y dónde está el Academisch Medisch Centrum?

Para esta pregunta con trampa ya estoy preparado. Si no supiera dónde está el Academisch Medisch Centrum, estaría loco de remate.

—El Academisch Medisch Centrum está en el Academisch Medisch Centrum.

La respuesta no tiene vuelta de hoja, pero el médico no está del todo seguro.

—¿Sabe en qué mes estamos?

Pongo cara de no contestar por principio a preguntas tan estúpidas, pero lo cierto es que no tengo ni idea de en qué mes estamos. El adorno navideño que hay encima de la mesilla no me da ninguna pista, como tampoco me la da el christmas para felicitarme el Año nuevo, ni que el doctor señale la nieve me dice nada sobre la estación del año en que estamos.

El médico no sabe guardar secretos. Al final de lo que él llama conversación, me dice que estamos en diciembre, que mañana es Noche vieja y que fuera nieva porque es invierno.

Al día siguiente me hace exactamente las mismas preguntas y vuelvo a desconocer todas las respuestas. Otra vez a vueltas con el 31 de diciembre. Navidad e invierno no me sugieren nada. El médico también podría haber dicho que era remolacha, el 31 de remolacha, que al día siguiente se celebraba la fiesta de la zanahoria y que acabábamos de inaugurar la estación del pez de colores. Todo habría significado para

mí lo mismo, es decir, nada.

Resulta irreal que tu propia lengua se vuelva extraña para ti, que palabras como Año nuevo o invierno no te digan ya absolutamente nada. Resulta raro que las palabras hayan perdido su significado, que no conozcas ya la palabra «palabra» ni la palabra «significado», que «palabra» pueda ser también una cosa con la que se come la sopa y «significado» sea aquello con lo que uno se limpia el trasero cuando va al servicio.

Resulta insólito imaginarte cómo es algo cuando no lo conoces. ¿Cómo te imaginas nada? Bastante vacío y despojado. Así es, vacío y despojado, pero, sin embargo, turbulento.

Papá al teléfono

—Le llama su padre por teléfono.

La enfermera me deja el auricular en las manos. Lo miro extrañado, ¿qué tengo que hacer con esa cosa? La enfermera se lleva un teléfono imaginario a la oreja y me anima con un gesto. Sigo su ejemplo.

—Hola Han, soy papá.

No entiendo nada y suelto el auricular. La enfermera lo coge.

—Aquí está su hijo, le paso con él.

Me pone el auricular en la oreja.

—Hola, Han, soy papá. ¿Cómo estás?

Sigo mirando aturdido a la enfermera mientras mi padre hace todo lo posible por hablar conmigo.

La enfermera vuelve a coger el teléfono.

—Señor Nefkens, aquí está su hijo. Le va a decir algo.

Cojo de nuevo el teléfono y oigo a mi padre que grita:

—Han, soy yo, tu padre. Han, ¿me oyes?

Entonces dejo caer el teléfono.

—Lo siento, señor Nefkens. Su hijo no está todavía en condiciones de hablar.

A lo lejos oigo a mi padre que grita mi nombre. A continuación la enfermera cuelga el auricular.

Viewmaster 1

Estoy suspendido sobre la mesa del desayuno en la casa en que nací. Mi madre me sostiene en alto para que podamos despedir a mi padre por la ventana. Se ríe y me dice adiós con el sombrero. A continuación se sube en un gran coche negro. Mi madre aprieta su mejilla contra la mía. Me ha cogido la mano y la agita en un gesto de despedida. Veo las flores rojas de la lata de los biscotes junto a la mantequillera. Durante años he buscado una lata así, pero nunca he podido encontrarla.

Decir chorradas

El enfermero está en un rincón de mi habitación poniendo en vasitos las medicinas que luego tengo que tomarme.

Un colega mira cómo lo hace.

—¿Qué puedes decir a alguien que lleva semanas en la cama y no abre la boca?

—Yo digo chorradas y en todo este tiempo no se ha quejado.

Me ruborizo de vergüenza ajena y por eso lo sé: estoy empezando a recuperarme.

El dolor previo

Todo es malo, pero lo peor de todo son las mañanas, las mañanas, temprano. A las mañanas las oyes venir. Repiquetean y tintinean para que te enteres de que te queda todo el día por delante. Por la mañana te lavan. O vienen a decir que van a lavarte

Eso es lo peor: no la tortura, sino el anuncio de la tortura. El dolor previo, el dolor que se produce antes del propio dolor.

Estás tumbado y aguardas a que todo haya acabado. Acabado del todo, para siempre, sin que estés muerto. Eso es lo que esperas.

Diversos acontecimientos jalonan la espera. Son postes a los que se aferra el tiempo de espera. Un poste es que te despierten, otro que te laven. El desayuno es un poste más. En mi caso es un poste inútil: me meten el desayuno por la nariz, pero no puedo tragar yo solo, así que tengo que esperar a que una enfermera venga a alimentarme. Con todo, están muy ocupados trayéndome postes para alimentarme. El desayuno tiene que quedarse primero ahí un rato, el tiempo suficiente para que el queso empiece a sudar y la corteza del pan se ponga dura. Sólo cuando el desayuno ya no es apetecible, cuando está demasiado pastoso para comerlo, entonces es el momento de alimentarme. Un cachito por papá, un cachito por mamá y un cachito por Han, que ha cumplido los cuarenta y siete.

Pero la edad tampoco significa ya nada, es un poste más, otro poste inútil del que colgar el tiempo. Es pan reseco, queso reblandecido. Tengo cuarenta y siete años, pero no hay ninguna diferencia entre un niño de doce meses y yo. Soy tan incapaz y sé tanto como él.

Así que espero. Espero el siguiente momento, el momento en que cesa el dolor previo y empieza el verdadero dolor de modo que ya puedo esperar el momento en que va a cesar el verdadero dolor.

Lucas

Lisette me cuenta que mi hermana pequeña ha dado a luz a su segundo hijo, un niño que se llama Lucas.

La miro. Sé que me está contando algo especial, lo veo en la expresión de sus ojos. Ha acercado su rostro al mío y me sujeta la mano mientras lo dice. «Ésa es la típica noticia a la que se supone que vas a reaccionar», pienso. Pero no tengo ni idea de qué significa la noticia ni de qué reacción es la adecuada.

Intento decir el nombre. Mis labios se mueven, pero no sale ningún sonido de la garganta.

Lisette sonrío y me da un beso en la mejilla.

Dar vueltas

Todas las mañanas, sentado en la cama, hago guardia esperando a Felipe. Es la única persona a la que hablo, en español. Viene sobre las diez con galletas rellenas de arropo, zumo de naranja y panecillos con muesli. A menudo no recuerdo ni mi nombre, pero los panecillos con muesli sólo me gustan si son de un panadero, el que está en la Runstraat. Un día que Felipe me trajo panecillos del supermercado Albert Heijn, se los puse de vuelta en las manos:

—¡Albert Heijn no! ¡Année sí!

Una vez que me he comido el panecillo con muesli, Felipe empuja la silla de ruedas por todo el hospital. A causa de las medicinas me pica todo el cuerpo y me siento inquieto. Dar vueltas es lo único que me calma. Al cabo de hora y media, Felipe, exhausto, me lleva otra vez a la habitación en la silla de ruedas y me pregunta qué más quiero hacer.

—Dar una vuelta, pero algo más rápido porque las piernas me hormiguan.

Felipe suspira, coge de nuevo la silla y me empuja hacia el ascensor: hoy no hemos hecho todavía la planta cuarta.

Casualidad

Están juntos en mi habitación, mi hermano y mi mejor amigo. El primero vive en Curazao, el segundo en Nueva York. Hace más de treinta años que se conocen, pero llevan mucho tiempo sin verse.

Ya hablo un poco y menciono la casualidad de que estén ambos en Holanda, justo cuando yo estoy en el hospital

Se miran sorprendidos y callan.

Durante semanas, vienen todos los días a verme hasta que me dan el alta en el hospital. Ese día se marchan los dos. Y me sorprende de esa nueva casualidad.

Agua

El coche sale del aparcamiento del hospital. Me entran ganas de llorar, pero no tengo ni idea de por qué. Vamos al elegante hotel del Herengracht. Allí tengo que recuperarme hasta que esté lo bastante fuerte como para viajar a Barcelona. Mientras Felipe rellena los formularios, me abrazo al cuello de la recepcionista, que se queda extrañada.

La alegría no dura mucho. De repente me entra un miedo mortal al agua. No me quiero duchar y me niego a beber. Felipe está desesperado: tengo que tomarme las medicinas, no hay más opción. Si me salto una dosis, puedo desarrollar resistencia y no hay otros medicamentos disponibles.

Felipe me suplica que me tome las medicinas. Pero yo, que durante quince años me he tragado las pastillas tres veces al día con la disciplina de un soldado prusiano, niego con la cabeza. No entiendo por qué se preocupa tanto, a mi ver no hay ningún problema.

Con lágrimas en los ojos Felipe me explica que, si no me tomo las medicinas, tendré que volver al hospital y de nuevo me pondrán una sonda. Lo miro y me echo a reír a carcajadas. Por qué, no lo sé, ni siquiera sé que lo que estoy haciendo es reír. Felipe se encierra en el baño desde donde me llegan ruidos muy parecidos a mis propias carcajadas.

Esa misma tarde ingreso de nuevo en el hospital.

Mear

Me entran ganas de hacer pis y salto de la cama. Me quedo de pie en medio de la habitación, junto a la puerta del aseo. Lo sé: mear y aseo están relacionados, pero ya no me acuerdo de qué manera. Tampoco recuerdo cómo se mea. Lo he hecho antes, de eso estoy casi seguro, pero de cómo se hace exactamente, ni idea.

La presión en mi vejiga aumenta. Aprieto las rodillas y recorro la habitación como buenamente puedo agarrándome a la mesa y a la silla de la mesa. Me paso así una hora por lo menos. Me duele la vejiga, me tiemblan las piernas y no sé qué tengo que hacer.

Justo cuando entra la enfermera, a la que había llamado media hora antes, siento que desaparece la presión en la vejiga y que el pijama se vuelve húmedo y suave. Me escurren gotas por la pierna.

Otra vez posponen darme el alta.

Viewmaster 2

Estoy entre los matorrales del patio del colegio y observo a mis compañeros de clase. Prestan atención a un dictado. No he hecho pellas para callejear por la ciudad ni para irme a la piscina, quiero mirar a mis compañeros a través de la ventana. Quiero saber qué aspecto tienen desde fuera.

La profesora dice algo. No lo puedo oír, sólo veo sus labios que se mueven. Pronuncia exageradamente como si delante tuviera un grupo de sordomudos. Los niños se inclinan sobre sus cuadernos: una clase llena de extraños, aunque conozco el nombre de todos, y una profesora extraña.

Ahora que estoy aquí fuera mirando, ser raro ya no es tan malo. Lo malo es estar sentado entre ellos y saber que no tengo nada que ver con ellos.

De nuevo en casa

Volvemos a casa, un piso lleno de cajas y embalajes. En diciembre no tuvimos tiempo para desembalar: cinco días después de la mudanza, me encontraba tan mal que me tuvieron que ingresar de prisa y corriendo en el Academisch Medisch Centrum de Ámsterdam.

Ahora, tres meses después, estoy acostado en un dormitorio a oscuras: la luz todavía me molesta. Con la ayuda de una amiga que ha venido de México Felipe empieza a vaciar las cajas.

—Nada de cajas —grito desde el dormitorio—. Hay que colgar mis fotos y mis cuadros ahora mismo, de inmediato.

Ya he decidido dónde hay que poner cada cosa. Felipe e Ingrid se pasan todo el día en danza colgando el Bernard Frize, el Zandvliet, el Shirin Neshat y el Jörg Sasses. Una vez en su sitio, me pongo contento. Las cajas pueden esperar, pero nada necesito tanto como mis obras de arte.

Una escapada

No quiero hablar de lo que ocurrió. En realidad no ocurrió nada, así que no hay nada de qué hablar. Pero, algunas veces, Felipe cuenta algo. Como ayer, mientras estábamos sentados en la terraza de nuestro piso con Ollie, nuestro perro, a los pies. Me contó que una vez me levanté en medio de la noche, me puse el abrigo sobre el pijama y fui hasta la entrada del hospital. Allí llamé a un taxi.

Poco antes de que el coche arrancara, alguien del servicio de planta dio la alarma. Los vigilantes nocturnos tuvieron el tiempo justo para recogerme en el coche.

¿Dónde habría aparecido si la enfermera de noche hubiese llegado media hora más tarde de que me hubiese escapado? ¿En qué idioma habría hablado al conductor del taxi? ¿Qué dirección le habría dado? ¿Dónde estaría ahora?

Tambaleante

Esta mañana he estado a punto de resbalarme en la ducha. Perdí el equilibrio, tuve que agarrarme a la jabonera y di unos cuantos manotazos, pero no me caí. La diferencia es grande en comparación con cinco meses atrás, cuando no podía ducharme solo, ni desvestirme, ni comer, ni hacer nada por mí mismo. Y es una diferencia enorme en comparación con diez meses atrás, cuando, por las mañanas, después de hacer ejercicio, me daba una ducha de agua fría para ponerme a escribir bien espabilado.

En un momento, sin darme cuenta, me vi privado de mi vida. Me sigue sorprendiendo lo fáciles que resultaban las cosas en otro tiempo y lo arduas que son ahora. No se trata sólo de la torpeza práctica al no poder hacer o al hacer mal tantas cosas; echo de menos el apoyo de la familiar rutina que me alimentaba durante el día. Antes extraía fuerza de pequeñas acciones. Sentía que lo podía todo cuando bajaba a la calle con Ollie para comprar el periódico en el quiosco de la esquina y una baguette recién hecha en la pastelería *Escribà*. El ritual de leer el periódico con una taza de té verde y un bocadillo de pavo con aguacate, tres rodajas cada mañana, me daba tranquilidad y confianza en el día. Ahora, antes de bajar a la calle, tengo que superar el temor a caerme. No me puedo preparar solo el desayuno ni puedo leer. He perdido el consuelo de la rutina y no tengo dónde agarrarme. Estoy perdido en mi propio mundo

Tengo que volver a conquistarlo todo centímetro a centímetro; nada fluye por sí solo. Es difícil encontrar satisfacción en aprender de nuevo algo que, hace sólo un año, era capaz de hacer, en volver a aprender cosas que entonces resultaban de lo más natural, que no requerían ninguna explicación.

Explicarme, hasta eso me cuesta ahora un mundo.

Hacer deporte, ducharme con agua fría, escribir, leer, comer

con ganas, caminar erguido y no andar tambaleándome: echo de menos mi antigua vida, echo de menos mi vida. Me echo de menos.

Granos de arena

No me queda más remedio que preguntárselo a Felipe:

—¿Dónde estuvimos de viaje hace un año?

Me cuenta que fuimos a Vietnam y Camboya. Y a Bangkok. Consulto a escondidas los papeles para comprobar que es cierto.

Parece que una parte de mi vida se hubiese borrado, como si todos los ficheros hubieran sido destruidos por un virus informático. Felipe me cuenta lo que dije e hice, pero podría estar hablando perfectamente de otra persona: todo me resulta ajeno. Debe estar guardado en alguna parte, pero no consigo encontrarlo. Al mismo tiempo el virus ha creado otros ficheros. ¿Qué es verdad? Y si lo que parece verdad no es verdad, entonces, ¿qué es verdad todavía para mí?

Cuando ya no tienes recuerdos, cada momento se queda aislado. No está ligado de ningún modo con el momento anterior, aunque sea su consecuencia. Pero los momentos aislados no significan apenas nada, significan algo en relación con lo que ocurrió antes y con lo que va a ocurrir. Significan algo gracias a aquellos que le proporcionan significado. Para mí esos momentos son simples granos de arena sueltos, que juntos no forman ninguna playa, sino un caos de granos, un batiburrillo al que intento dar significado. No lo logro y mi propia vida se me escapa de nuevo.

Asociación Afasia

Felipe la ha buscado en internet. Vamos a la Asociación Afasia porque lo que tengo es afasia. Por eso casi no hablo, por eso no entiendo el significado de las palabras, por eso no puedo leer ni un breve artículo de periódico, ni siquiera el texto del paquete de los cornflakes, por eso no comprendo las películas. Veo las imágenes en movimiento, pero no entiendo qué tiene que ver una imagen con otra. Bastan tres minutos de televisión para aburrirme.

Felipe me lleva a la asociación. Es él quien habla y responde a las preguntas sobre lo que ha ocurrido exactamente, sobre cómo he llegado a este estado.

Al final de la conversación, la directora de la asociación dice:

—Pero, Han todavía no ha abierto la boca. Han, ¿de verdad quieres venir? ¿quieres aprender a hablar y a leer?

Afirmo con la cabeza, pero me doy cuenta de que no es suficiente y con voz ronca digo:

—Sí, quiero. Sí.

Emmental

Mi cabeza se ha convertido en un gran queso Emmental: fundamentalmente se compone de agujeros. La sensación ahí arriba es de vacío, con viento y corrientes. Hay que intentar comer los agujeros si se quiere sacar algún sabor: es todo un arte; yo, cada vez que lo intento, me encuentro con un bocado de nada.

Mi logopeda dice que el queso surge con los agujeros, que los agujeros permanecen, pero el queso va abriéndose paso. Es fácil hablar con su cabeza de queso de bola, una cabeza sin agujeros.

—Si practicas lo suficiente, el queso crece solo —dice y de nuevo me muestra tres imágenes con las que tengo que construir un relato. Una pala, un cruasán y una manguera rosa. Si ahora veo un vínculo entre esas tres imágenes, entonces crece mi Emmental por sí solo.

En la playa me como seis cruasanes para poder construir un enorme castillo de arena con la pala y la manguera rosa.

—¿Lo ves? Funciona —exclama la logopeda, que de la emoción se pone a cecear. Siento que mi queso crece y los agujeros se encogen cada día un poco.

Viewmaster 3

Sobre la hierba que crece delante de nuestra casa, en un tranquilo barrio de las afueras de Róterdam, vestido con un pantalón corto y un jersey de rayas amarillas, miro un avión que pasa por encima. Intento imaginarme que estoy sentado en ese aparato, que miro hacia abajo y me figuro que soy un chaval que miro hacia arriba. Así que estoy en dos sitios a la vez. Es posible, estoy seguro, sólo tengo que esforzarme.

El mismo

—Eres exactamente el mismo que antes de que sucediera, antes de que perdieras el hilo —dice la logopeda que me está enseñando a hablar de nuevo.

«¡Qué raro!», pienso, porque no me siento para nada el mismo. Me siento otra persona, un desconocido. La persona que podía leer y escribir, que podía ensartar una palabra detrás de otra y de ese modo establecía nuevas relaciones, ése era yo. No el que está aquí sentado y observa todo con asombro.

—Pero ¿cómo vas a ser completamente diferente? —pregunta mi logopeda.

Tengo que reflexionar sobre ello.

Sólo cuando pueda explicar con palabras por qué soy otro, volveré a ser el mismo. Pero antes de que haya encontrado las palabras, han pasado los tres cuartos de hora de consulta.

Instrumento de pesca

Cuando veo las imágenes de la logopeda, me doy cuenta de lo que he dejado de saber. Hay un instrumento con un gancho que sirve para pescar peces. Lo dejas en el agua y cuando pican, tiras de él. Pero ¿cómo se llamaba eso? Es un instrumento de pesca, pero también tiene un nombre.

Hay un montón de cosas que ya no tienen nombre para mí. Tienen una función, sé para qué sirven y puedo describirla con detalle, pero la palabra en cuestión la he olvidado. En realidad, olvidar no es la palabra adecuada, no logro apresarla. Es como cuando prestas algo, sólo que al revés. Durante un rato no está, pero luego vuelve. Mi día entero consiste en esperar cosas que han sido prestadas temporalmente, pero que vuelven por sí mismas.

La logopeda tiene una pila de fotos de cosas que vuelven por sí solas. Hay una cosa con pinzas que sirve para sujetar la cintura de los pantalones, hay un montón con algo suave que, sin saber su nombre, me hace estornudar.

Propongo que entretanto hagamos algo diferente: una cabeza con cosas que por ahora no están, pero pueden volver en cualquier momento es aburrida. Propongo que leamos. Leo en voz alta y mientras leo lo que pone, puedo seguir leyendo. Suena menos vacío que las cosas que están prestadas.

A la logopeda le parece una buena señal el que me apetezca leer, así que coge un libro finito con letras muy grandes. Se titula *La varita mágica del rey*.

—No conviene empezar con algo demasiado complicado —dice.

Guarda las imágenes para la próxima vez, hay muchas maneras de practicar.

La palabra equivocada

Hablar es una lucha. Caminar, calcular o recordar: todo lo que debo hacer, pero no puedo es una tortura. Escribir es un consuelo. Pero, con todas las palabras que me han desaparecido, escribir es como tocar una guitarra sin cuerdas. Sólo puedo dar algunos golpes como un gitano borracho, marcar un ritmo que ni yo mismo puedo llevar.

Las palabras que surgen en lugar de las palabras desaparecidas son las palabras equivocadas. Soy un hombre con la palabra equivocada en el lugar equivocado.

La guerra

De vez en cuando alguien cuenta cómo estaba yo entonces. No muy bien, creo. Es como si oyera un relato sobre la guerra, un relato sobre un tiempo en el que yo no existía. Me da pena la gente que vivió la guerra, intento imaginarme cómo tuvo que ser aquella época, pero no es mi experiencia, yo no la viví.

Pero que siento pena por ellos no lo digo. No hablo mucho, escribir se me da mejor: con el teclado las palabras tardan más en escapárseme que si las pronuncio. Cuando hablo, no tengo ningún asidero y sin haber llegado siquiera a la mitad de la frase ya se me ha olvidado lo que quería decir.

Felipe habla sobre mi estancia en el hospital, sobre cómo fue ese período. Le pregunto con cuánta gente compartía la habitación.

—Al principio con nadie —contesta—. Estuviste las primeras seis semanas solo. Y luego con otro señor.

Si hubiese jurado que había compartido la habitación con doce enanitos también le habría creído. Por supuesto, lo que más me habría gustado oírle decir habría sido: «¿Hospital? ¿Qué hospital? No sé de qué me hablas. En tu vida has pisado un hospital.» Entonces sólo tendría que preguntarme por qué tengo una sensación rara en el estómago cuando paso cerca del AMC.

Cuando me digo a mí mismo que, en efecto, yo he participado, que he tenido mi propia guerra, me enfado de veras. «No debes mentir así, es de lo más morboso —me digo a mí mismo—. No hay quien te crea y sólo te hago caso cuando dices la verdad.» Me tapo los oídos con las manos y no quiero oír. No quiero creerme a mí mismo.

Pero cada vez que me doy cuenta de que algo no va bien, cuando

me tambaleo y vacilo, me pierdo en mi propia casa, en mi propia cabeza, cuando me cuesta leer, entonces me pongo furioso. Me lleno de rabia porque de nuevo es una prueba más de que es cierto. Y no quiero.

No recuerdo con cuánta gente compartía la habitación. Y tampoco quiero recordarlo. Cuando me acuerde sin enfadarme, estaré mejor. Entonces podré ponerme a escribir como si nada sobre revistas de moda, sobre un inexistente vecino holandés o un inexistente presidente catalán, que no nos permite poner el aire acondicionado. Cuando deje de estar enfadado podré inventarme y sacarme cuentos de la manga. Pero hasta entonces tengo que apañármelas con lo que ocurrió de verdad.

Hasta entonces tengo que apañármelas con lo que no quiero creer.

Sano

Hasta ahora, nunca me había asaltado la duda sobre si estoy loco. Antes relativizaba. «Todo el mundo tiene algo de esto o de aquello — pensaba hace un año—, no tiene sentido ponerle una etiqueta. ¿Y quién quiere ser como los demás?» Estaba convencido de que no estaba loco y a todo el mundo que me tomaba por loco lo tomaba yo por loco.

Ahora ya no estoy seguro de nada, ahora dudo de todo, incluso de mi propia salud mental. Ya no estoy tan equilibrado como antes. Pero, tal vez, también antes estuviera así y simplemente pudiera disimular mejor. Mantenía toda mi existencia bajo un férreo control, toda mi atención, toda mi energía se dirigían hacia ese control.

Ahora ya no lo hago. Ya no funciona y sobre todo ya no quiero. Lo dejo estar tal cual. Todo lo que llevo dentro sale también fuera. Es un lío y un caos y para mi entorno es, sobre todo, una sobredosis de Han. También para mí. Pero es lo único que hay y me parece un millón de veces mejor que su alternativa: nada de Han.

Cada vez que pienso que casi ocurrió, que casi dejé de estar, me pongo a berrear de espanto. Lloro con efecto retroactivo por lo que pasó. Cuando sucedió, estaba en medio y lo observaba, pero es como si sólo ahora lo sintiera de verdad: el efecto ha disminuido mucho, pero no es por ello menos intenso. Yo, que antes nunca derramaba una lágrima, que era fuerte y tenía todo bajo control, ahora berreo y bramo.

No sé si siento más que antes, pero sí sé que lo siento con más intensidad. Es como si el espacio que antes estaba ocupado por el pensamiento ahora lo estuviera por el sentimiento. Es grande y muy intenso. A veces, de pura rabia, doy patadas en el suelo por lo que ocurrió. Me saca de quicio el que estuviera a punto de morir. ¡No es justo! ¡No me parece bien! ¡No me parecía bien entonces y sigue sin parecérmelo!

Cuanto más lo pienso, más me parece que no estoy loco, ni por asomo. Simplemente tengo razón. Que ocurriera es para berrear y patalear; que lo haga ahora, nueve meses más tarde, es sólo una buena señal. Mejor tarde que nunca. No estoy loco, lo que estoy es sano.

Viewmaster 4

Es una tarde apacible. Me encuentro delante de casa en una señorial avenida. Es una casa de los años treinta. Los toldos a rayas se inclinan hacia abajo como si la casa cerrase deslumbrada sus ojos a un sol apenas ya visible. A pesar del espléndido tiempo, la calle está vacía y nuestra casa parece deshabitada aunque sé que mis tres hermanos y mi hermana están en sus habitaciones y que mi madre descansa tumbada en el sofá hasta que mi padre llegue de trabajar.

Todo está tranquilo, como muerto. De pronto se apodera de mí. Empieza por los pies y poco a poco reptá hacia arriba hasta el estómago: un frío que abrasa, una congelación que no paraliza. En cambio, oigo todo con más precisión: el trino de los pájaros, una conversación en la lejanía, el zumbido de una abeja, un perro que ladra en alguna parte. Huelo todo con más precisión: las hojas de los árboles, el césped húmedo, la dulce brisa. La cálida tarde cae pesada sobre mí, tanto que las piernas me tiemblan y tengo que sentarme en el bordillo de la acera.

No es sólo la pesada sensación lo que ha hecho que me desmorone, es la certeza de que nunca me dejará, de que ha anidado en mí y va a soldarse para siempre con quien soy. Sé que tendré que buscar un sitio que no se parezca en nada a éste, un espacio en el mundo en que no resulte tan atterradoramente solitario el lugar donde la gente debe estar, tan espantosamente tranquilo el lugar donde la vida debe echar raíces.

No es nada

Hay días en que siento la piel desgarrada como una herida sin costra. Todo causa dolor, nada también, sobre todo nada. El perro que ladra, la puerta de un coche que, lejos, se cierra con un portazo, la arruga en la frente de la señora de la panadería, el viento, una nube tal vez demasiado grande en el cielo azul, el teléfono que suena, el teléfono que no suena: todo quema. También nada causa dolor, sobre todo nada.

Lo sé, no es nada. Eso, que quiera chillar de dolor por nada, lo hace mucho peor. Sé por experiencia que mañana se habrá pasado, mañana ya no oiré ladrar al perro. Así que se trata de pasar el día sin prestar atención a los lamentos que resuenan en mi estómago. Sólo hay un modo de hacerlo: los lamentos deben mudarse de mi estómago a la pantalla; hay que poner negro sobre blanco lo que tengo dentro, las quejas que me corroen. Sólo entonces puedo verlo como lo que es: nada. Sólo cuando deja de estar en mi estómago me lo quito de encima.

¿Qué puede ser?

La logopeda dice que es muy normal que se cambie después de un acontecimiento crucial. Lo dice entre dos imágenes, una con una tarta de nata y otra con algo distinto cuyo nombre todavía no sé. Dice que hay gente que de repente se vuelve iracunda cuando antes no lo era en absoluto o que rompe a llorar cuando antes jamás le ocurría.

Me acuerdo de hace un par de semanas en el bar La principal: me levanté furioso de la mesa, hecho un energúmeno porque me habían traído lo que había pedido aunque en realidad no era eso lo que había querido decir. Recuerdo una mañana en que me eché a llorar en otro bar porque de repente me conmovió la canción *The Shadow of Your Smile*. Si esto sigue así, no voy a poder salir y tendré que volver a mudarme a otro continente.

Pregunto a la logopeda qué es lo que provoca esos cambios en nuestro estado de ánimo: ¿el daño en el cerebro o el hecho de haber pasado por algo crucial? Pero no lo tiene claro, probablemente ambas cosas, cree. «Ambas», es lo que dice siempre la gente cuando no sabe algo, puede ser una u otra.

Que me esté ocurriendo a mí me parece raro, pero me parece aún más raro que en realidad me dé exactamente igual lo que piense la gente cuando vocifero y berreo. En el fondo todo me da igual y a veces hasta me río de esa indiferencia. Vocifero y berreo, pero al mismo tiempo me río de la persona en que me he convertido.

—Se usa para sujetar una tienda de campaña, para amarrar una barca en el puerto o para elevarse a uno mismo cuando se practica escalada. Antes se usaba también para colgar a la gente, pero, por suerte, eso ya no sucede —dice la logopeda mientras da golpecitos sobre la segunda tarjeta.

—En español no se dice igual que en holandés —refunfuño y me pregunto cuál es la palabra en holandés para la cosa que te anudan alrededor del cuello cuando te van a colgar de la horca y con la que después amarran una barca.

Fijas

Lo raro es que con las palabras españolas vuelven también las holandesas y las inglesas como si estuvieran fijas unas a otras. Cuando no sé una palabra en un idioma, tampoco la sé en otro. Pero si descubro *boom*, va pegada a «árbol» y a *tree*, junto a *lepel* vienen «cuchara» y *spoon*. Tres al precio de una o, en realidad, hasta cuatro: cuando, durante un viaje a París, le expliqué a un conocido que debido a la encefalitis no podía hablar ya francés y que lo sentía porque me parecía una lengua muy bonita, me hizo notar que le había dado esa explicación en un fluido francés.

Así que hablo el idioma: las palabras están ahí, lo que ocurre es que no sé que están ahí.

Un vacío lleno

Igual que se abraza a un niño extraviado para que nunca más pueda escaparse, así de fuerte agarro las palabras que he recuperado. Negro sobre blanco las almaceno en la memoria del ordenador: ahí están más seguras que en mi cabeza; a no ser que se meta un virus en el ordenador. Ese HIV electrónico lo infectaría todo, porque no tengo una copia de seguridad, ni un disco duro externo. Se produciría un vacío como el de mi cabeza, un vacío tan lleno que nada podría ya encajar, ni un pensamiento, ni una palabra.

Por miedo a ese vacío apreso todo lo que pienso y lo apunto al instante. No volverá a ocurrirme el perderlo todo, el quedarme sin nada.

La escalera

En cuanto salgo del ascensor, me doy cuenta: a la escalera del portal le pasa algo. Dentro de poco van a arreglarla. Por ahora faltan los dos primeros escalones, al tercero le falta la mitad y la barandilla ha desaparecido.

Las escaleras son ahora mi punto débil. Tengo visiones de que me precipito hacia abajo. No son imaginaciones ya que, en cualquier caso, me caigo aunque no haya ninguna escalera. Por suerte, me puedo sujetar a las barandillas. Creo que siempre debería haber una aunque no haya ninguna escalera de por medio. Todo el mundo necesita una barandilla, hasta en la planta baja.

En todas las escaleras me arrimo a la pared y me agarro con fuerza al pasamanos. Peldaño a peldaño me voy descolgando como quien no quiere la cosa, pero, cuando no hay barandilla o pared a la que arrimarme, empieza lo difícil. He decidido que en esos casos no hay por qué complicarse: es mejor para todos que me olvide de la escalera y que ese día me dedique a otro asunto.

Eso ocurre hoy. Hoy no salimos y llamo a una empresa para que saque a Ollie. No es que me deje desconcertar por un detalle insignificante; unos escalones de menos y una barandilla ausente en realidad no me afectan, pero ¿por qué complicarse la vida innecesariamente?

Así que nos damos la vuelta, el vecino de noventa y cuatro años y yo, y nos montamos en el ascensor otra vez hacia arriba. Cuando la escalera esté arreglada, saldré: no hay que convertir todo en una costumbre. Con un poco de suerte, la escalera estará lista mañana. Y, si no, el lunes, el fin de semana se pasa en seguida.

Viewmaster 5

Camino por un finger del aeropuerto de Schiphol y me siento una serpiente que muda de piel. Trece horas más tarde el aparato hiende la manta gris parduzca de niebla; México D.F. tiene el color de una foto descolorida. El horizonte se ve siempre desplazado, cada vez cede más y más terreno a los edificios, a las autopistas, a las torres. Sigo una mancha negra que pasa por encima de las casas y las calles. Al cabo de un rato me doy cuenta de que es la sombra de mi propio avión.

Al aterrizar, rozando los edificios de apartamentos con la ropa tendida en la azotea, veo una gran valla publicitaria con una sola palabra: Yaco. Me pregunto qué será: ¿jabón, un yogur batido, el nombre de un cantante famoso aquí? Me encanta esa ignorancia, es la prueba de que me voy a instalar en un mundo completamente diferente.

Practicar

He tenido mi primera clase de musculación con una preparadora que también es fisioterapeuta. Sobre todo, lo que quiero es desarrollar la musculatura: quiero estar fuerte para que no pueda volver a ocurrirme ningún accidente. La fisioterapeuta me escucha con atención y me propone empezar con tranquilidad por algunos ejercicios para caminar.

«Bonita forma de sacarse sesenta euros a la hora», pienso. Y me caigo.

Debo andar erguido, sin mirar al suelo y sin caerme, pero eso no puedo evitarlo.

—No quiero caminar erguido —grito a la fisioterapeuta—. Quiero músculos, quiero ponerme fuerte.

—Me parece una idea estupenda —dice la fisioterapeuta—. Vamos a intentar caminar otra vez. Agárrate a mí con fuerza.

Probamos de nuevo. Me tambaleo, me balanceo, estoy a punto de caerme, pero justo a tiempo consigo agarrarme a su hombro. Lo intento de nuevo, ya sin agarrarme y me voy de bruces al suelo.

Tengo cuarenta y ocho años y debo aprender de nuevo a caminar. Yo no veo la necesidad, pero no se me ocurre cuál puede ser la alternativa. Hay que andar. La pregunta no es si te apetece, la pregunta no es qué prefieres, pescado, pollo o comida vegetariana: la vida no es Singapore Airlines. La vida es una cinta para andar, una cinta que nunca para. Hasta, claro, la parada definitiva y eso tampoco es bueno.

Hoy voy a hacer los ejercicios en casa. Una pierna arriba y otra abajo o al revés. Menos mal que la fisioterapeuta me lo ha escrito: si no, lo habría olvidado. En realidad, andar es bastante complicado, hay que aprender paso a paso. Pero, si por mi fuera, sólo correría.

Teatro gratis

He dejado de ir al teatro. Cuatro veces a la semana me siento en la sala de espera de la Asociación Afasia y contra eso no hay espectáculo que pueda competir. No pierdo detalle y no me cuesta nada.

Ayer pasé allí una hora entre la clase para aprender a leer y la clase para ventilar el corazón correctamente. La mujer de un colega con afasia dijo que su marido estaba en la clase para hablar: hace dos meses le dio una apoplejía y ahora ya no puede hablar. La mujer contaba que el marido se enfadaba cuando ella no lo entendía; entonces se ponía a chillar, daba manotazos a diestro y siniestro y movía furioso la cabeza arriba y abajo. La mujer se asustaba y no le parecía justo: ella hacía todo lo posible para ayudar a su marido y él se encolerizaba con ella.

David tuvo un accidente de coche hace trece años y se volvió incapaz de hacer nada por sí solo. Después de diez años de ejercicios tres veces a la semana, puede andar y hablar un poco. Pero, si no encuentra la palabra exacta, se pone hecho un basilisco.

La sala de espera de la Asociación Afasia es el único lugar en el mundo donde hay gente más enfadada que yo.

José Luis lleva viniendo a la asociación ya cinco años. Hace cinco años no podía andar ni hablar, ahora se mueve y emite sonidos. Pero para un buen entendedor con unos cuantos sonidos basta. Hace un ruido como si imitara una aspiradora y todos sabemos que habla sobre la logopeda.

El señor Pereira canta de maravilla. Le faltan las palabras para mantener una conversación, pero se sabe la letra entera de todas las canciones que alguna vez aprendió de memoria.

—¿Cómo se llama su nieta, señor Pereira?

—No sé.

—¿Qué edad tiene?

Se señala la cintura:

—Dos meses.

—No es posible.

—Sí, sí.

—¿Puede que tenga dos años?

El señor Pereira asiente entusiasmado y mira contento con sus ojillos verdes que siempre parece que van a extraviársele en el rostro. Que ya no sepa cómo se llama su nieta no significa que se haya olvidado de ella.

Me parece fantástico que yo reconozca la diferencia entre un mes y un año. Sé que el tiempo transcurre de un determinado modo aunque no sienta ese transcurrir con tanta intensidad como antes. E igual que hay gente que divide el tiempo en el período anterior a la guerra y el posterior, mi vida está dividida en el período anterior al 8 de diciembre de 2001 y el posterior.

El señor Pereira despoja a las palabras de su valor. Un mes, un año, un nombre: lo que en la vida diaria significa tanto, ya no significa nada para él. No le apetece hablar. Cuando cuenta algo, la gente sin afasia empieza de inmediato a cuestionar lo que dice y si es posible. Nadie le pregunta por lo que verdaderamente dice: que está loco por su nieta.

Por eso a menudo nos disgustan cosas que podíamos hacer antes de la guerra. No es fácil entusiasmarse con cosas que cuestan mucho esfuerzo y no salen demasiado bien.

El señor Pereira, José Luis, David, el señor que se enfada tanto con su paciente esposa, yo mismo hemos encontrado nuestro lugar en la sala de espera de la Asociación Afasia. Aquí me siento en casa, aquí estoy en casa.

El periódico

—Debes comprar el periódico a diario —dijo mi logopeda—. A partir de ahora tienes que hacerlo, de verdad.

Era una orden así que hoy, por primera vez en diez meses, he comprado el periódico. ¿O eran once? Contar sigue resultándome un poco difícil.

El periódico es grueso, hoy trae muchos artículos: América, Irak, la economía, la situación política en España, temas que no he seguido en diez meses porque no podía asimilar la información. ¿O eran once meses?

Todavía no tengo un profesor de cálculo, pero lo necesito. O tal vez no. Resulta desagradable moverse por la vida como analfabeto, te pierdes un montón de información interesante, pero el cálculo no lo he echado tanto de menos; en realidad, he disfrutado bastante de la bendita ignorancia. De vez en cuando llamaba a mi banco y preguntaba cuánto dinero quedaba en mi cuenta. La mujer que me atiende me indicaba una cifra, pero, como era por encima del cuatro, no podía hacerme una idea precisa de la cantidad.

—Entonces puedo comprar esta obra de arte —le decía. Ella pensaba que aquello era una afirmación que yo le transmitía, pero, en realidad, era una pregunta. Nunca me dijo que no.

Con la ayuda de la mujer del banco puedo moverme por la vida sin calcular. Pero una vida sin leer es aburrida. Nadie llena los huecos.

Ahora voy a elegir qué artículo me leo. Quizá algo del suplemento literario, un texto sobre un escritor. Un breve texto sobre un escritor que pierde la memoria. Me parece fascinante. Que el lunes, cuando vaya a la clase de lectura, me acuerde, es otra cosa. Pero, en cualquier caso, he hecho mis deberes.

La bolsa

Mi hermano me ha traído una bolsa con cosas que me había dejado en Ámsterdam. Intenté imaginarme lo que habría dentro y se me ocurrieron dos, tres cosas. Me he llevado una sorpresa enorme cuando he abierto la bolsa. ¡Qué camisetas tan bonitas! ¡Qué buen gusto tiene la persona que las ha comprado! Mi propia camiseta es un regalo para mí, estoy encantado y me la he puesto hoy por primera vez.

Mi cabeza es una bolsa que me he dejado en alguna parte y que mi hermano viene a traerme. Cada vez que abro la bolsa me encuentro con alguna sorpresa. Algunas cosas me gustan, otras no me dicen nada: éstas no las compré yo.

A veces es agradable dejar de saber cosas, hace que la bolsa resulte ligera. Pero también puede ser un problema: con poco equipaje suele ocurrir que necesites algo que no te has llevado. Sí que está, pero en otra parte. Eso también me pasa a mí. Junto a la ligera bolsa hay también un baúl enorme, pero no puedo abrir el cerrojo porque he perdido la llave. Así que el baúl se queda cerrado y me las arreglo con la bolsa de viaje que siempre me ofrece sorpresas.

La excusa

La afasia es una excusa cómoda a la que cargar con todos los muertos, incluidas las náuseas que siento desde hace más de un año, aunque ya sentía náuseas antes de tener afasia. Entonces era sólo un efecto secundario. A mí nunca me pasaba nada, eran las medicinas.

Las náuseas son un conocido efecto secundario de los antirretrovirales que tomo, de los cinco. Pero, desde hace un tiempo, los efectos secundarios ya no están de moda: a mí ya no me oirán hablar sobre VIH, eso lo tienen por lo menos cuarenta millones de personas, es muy vulgar. No, afasia es un nombre mucho más difícil, poca gente lo ha oído, es más exclusivo. Por eso prefiero tener afasia.

Como a buen afásico, me gusta olvidarme de esa otra vulgar dolencia mía, pero las náuseas no me las quito de encima. Siempre están ahí aunque, a veces, no las note tanto. Costumbre y afasia, no hay mal que por bien no venga.

Pero por las tardes, a partir de las ocho, vuelta a empezar. Entonces no hay quien me aguante, me siento enfermo y cansado y lo único que quiero es irme a la cama.

Hace tiempo que he perdido el apetito. A veces pienso en la época en que comía como un poseso. Nunca tenía bastante: una vaca y un caballo y medio y, aún así, no me podía dormir de hambre. Ahora no soporto las comidas, nunca me apetece nada. Excepto cosas que antes no me gustaban. Los dulces, por ejemplo. Hambre no tengo, pero no le hago ascos a un trozo de Sachertorte, siempre que sea de Escribà. Me he vuelto terriblemente exquisito: tiene que ser lo mejor de lo mejor; si no, no lo como. En cierto modo es un pretexto. Busco pretextos para no comer, eso antes no me ocurría.

Pero cómo era antes ya no lo tengo tan claro, cosa que, por suerte,

es un síntoma de la afasia y no del VIH. Creo, pues a veces me gusta confundir síntomas con efectos secundarios. Por eso, últimamente se lo achaco todo a la afasia. Una cómoda excusa a la que cargar con todos los muertos. ¿Lo he dicho ya antes?

Viewmaster 6

El piso es amplio. Tiene los techos altos, de color blanco, parquet y grandes ventanas con persianas venecianas a medio bajar. La luz del día proyecta una sombra de rayas sobre las paredes vacías, por lo que el apartamento parece el decorado de una película o de una obra de teatro, un lugar ficticio.

Felipe me pregunta qué me parece. En ese momento todo me gusta: el piso en un antiguo barrio de México D.F., la calle con un ancho paseo en el medio, la ciudad con sus millones de habitantes que parecen estar todos fuera a la vez, el país con su idioma cantarín y su fervorosamente adorada Guadalupe, la misteriosa virgen risueña. Sobre todo me gusta Felipe con sus ojos chispeantes, que me miran lisonjeros. Tiene veinticuatro años, igual que yo, pero parece mucho más juicioso; tal vez sea porque yo todavía no domino el español.

Busco sus labios con los míos y Felipe abre la boca. Busco su lengua, le acaricio el paladar y los dientes, uno a uno. Huele a café, zumo de naranja y chiles; descubro una pepita que se le ha quedado entre las muelas y me la trago.

Un rato más tarde veo su calzoncillo blanco sobre el respaldo de la silla. En el elástico rojo, con grandes letras, pone «Yaco».

Al mismo nivel

A veces puedo actuar como si tal cosa, como si yo siguiera siendo el mismo, pero, en cuanto hay una escalera de por medio, se ve de qué pie cojeo. Me pasa incluso con escaleras que no son auténticas escaleras, sino simples peldaños. Dos o tres escalones son suficientes para que me dé la vuelta. Me entran ganas de sujetarme a una reja que no existe. Alguien que se maree y se aferra a una barandilla ausente no es que haga una entrada muy digna: aparece como de sopetón aunque no llegue a quedar tendido en el suelo.

Un mundo todo al mismo nivel sería ideal para mí. Entonces sí podría actuar como si tal cosa.

Trucos

Quien carece de fuerza ha de ser astuto. Y, en cualquier caso, quien carece de astucia no debe dar la impresión de ser estúpido. Es una cuestión de trucos. Cuanto más viejo es uno, más trucos se sabe y más gente cree que es listo.

Ésa es la tragedia de la afasia: pierdes todas tus artimañas. La gente piensa que eres estúpido y torpe porque ya no dispones de los trucos que usan los demás para ocultar su estupidez y torpeza.

Pero la vida no sería la vida si uno no aprendiera rápidamente nuevos trucos para disimular la pérdida de los viejos trucos. He vuelto a hacerme con una buena colección, casi igual que la primera, con la que voy salvando la carrera de obstáculos en que se ha convertido la vida diaria. Empieza por las mañanas con la ducha. Ducharme era tan difícil, me daba tanto miedo resbalarme que ya desde la noche anterior empezaba a darle vueltas. Ahora me ducho en el gimnasio, donde hay treinta duchas con champú y gel incluidos y un chorro a fuerte presión que sale más o menos por sí solo. Si en una no funciona, hay otras veintinueve. Hay tanto espacio que nadie se da cuenta si voy de una ducha a otra.

Desayunar era otro obstáculo, pues sigo sin poder prepararme el desayuno. Así que desayuno en el bar de la esquina del gimnasio. Todas las mañanas pido en la terraza un zumo natural, un vaso de agua y un bocadillo de atún. Ya me conocen, saben qué es lo que tomo por las mañanas conque basta con presentarme allí y aparece mi desayuno.

Tener dinero ayuda, se puede comprar lo que otra gente tiene que hacer por sí misma. Los hoteles de lujo han sido especialmente inventados para la gente con dinero. Se parte de la idea de que la gente con dinero es incapaz de hacer nada por sí misma. Cuando se trata de gente con

dinero se parte de mi realidad. Si un día algo sale mal, la gente con dinero puede patalear, chillar y vociferar. Para eso pagan, es normal entre la gente con dinero.

Trucos, ya lo he dicho, de eso se trata.

El pan

Esta mañana iba a ir a comprar el pan. Por primera vez. Solo. Anoche me costó dormir y es que cualquier cosa puede salir mal. Por ejemplo: Ollie da un tirón de la correa o tiene que hacer caca, la recojo y entonces se me cae el pan; o tiro sin darme cuenta el pan a la basura y me llevo la bolsita con la caca de Ollie a casa. Las cosas más insospechadas ocurren, hay que estar preparado para todo.

Mientras daba vueltas en la cama, me imaginaba que el panadero no tenía cambio y yo no llevaba nada suelto por lo que, en medio de la noche, me puse a buscar calderilla. Después me sumí en un sueño intranquilo.

Me he despertado sobresaltado con la idea de que compraba el pan equivocado. No el pan que comemos todos los días al mediodía, sino otro. ¿Cómo puedo estar absolutamente seguro de que me llevo el pan apropiado?

He decidido posponer la excursión un día más: voy a guardar el pan que Felipe me compre hoy y voy a conservarlo en el papel que trae como envoltorio, entonces mañana me lo llevo junto con el dinero justo y pido exactamente dos de lo mismo, así estoy seguro de no equivocarme. Todos los problemas tienen solución.

Pero hoy no voy a comprar el pan.

Enfadado

En el hospital tenía regularmente ataques de ansiedad. De pronto se adueñaba de mí un pánico tremendo. No puedo recordar por qué sentía pánico, qué era lo que me causaba tanta angustia. Ni siquiera sé ya cómo era exactamente, sólo sé que sucedía. Conservo todavía, muy vaga, una sensación desagradable, no un verdadero recuerdo, como cuando te imaginas que algo huele mal sin haberlo probado nunca en realidad. Se diría el recuerdo de otra persona a quien consideras un sustituto molesto. Creo que ésa es la clave, la sustitución. Ya no tengo muy claro quién era yo ni qué ocurrió, no me sorprende que me entrara pánico: la sola idea es ya bastante inquietante.

Con la ayuda de muchos y fuertes medicamentos, el lío, es decir yo, volvió a quedar controlado. Ahora ya no me asaltan ataques de pánico, pero sí algo que se le parece. Ya no se dirigen hacia el interior, como en el hospital, sino hacia el exterior y tiene la misma intensidad que el pánico de entonces, pero se parece a la rabia y ni con la mejor voluntad del mundo se puede reprimir. Es atroz, como el escozor de una cicatriz, pero suave comparado con lo que, en potencia, podría ser.

Me ocurre de improviso, pero de forma tan regular que ya casi no es inesperado. Estoy sentado en un restaurante, he terminado de comer y pido la cuenta. La cuenta no llega o no lo suficientemente rápido.

Entonces me enfado. Muchísimo. Me pongo furioso, rabioso. Me levanto, cojo el mantel, lo muerdo y lo desgarro. Cojo los platos uno a uno y los hago añicos contra la pared. A continuación los vasos y luego los cubiertos. En el papel pintado se queda una mancha marrón. Tiro el cenicero a la mesa de al lado. Cuando los comensales, espantados, se ponen de pie y se largan, los cojo por el cogote y los empujo contra la pared. Al personal que viene corriendo para salvar al resto de la clientela los agarro por el cuello y aprieto fuerte hasta que oigo un

suave chasquido como el de un quebradizo hueso de pollo.

—¡La cuenta! —grito— ¡Hace diez minutos que he pedido la cuenta!

Eso es lo que me gustaría hacer, pero me quedo con la mirada perdida. Cuando empiezo a temblar demasiado y ya no aguanto más, me levanto y salgo del restaurante. Felipe sale detrás de mí y murmura algunas excusas a los camareros y a la concurrencia, que mira asustada.

—Lo siento, no está del todo bien —dice entonces.

Doy un portazo y salgo cuanto antes a la calle. Ésa es una de las pocas veces en que no me tambaleo. Pero no hago nada más: podrían pensar que me pasa algo raro.

El aguacate cabreado

Últimamente también las cosas se enfadan con más rapidez que antes. Por ejemplo, el aguacate que quería cortar esta mañana para el desayuno. Antes, hace un año, el aguacate se dejaba cortar fácilmente. Ahora opone resistencia y se coloca de tal manera que no logro meterle el cuchillo. Si se me ocurre decir algo, «venga, ponte bien», entonces empieza a echar pestes. Gruñe, se mueve y da vueltas e incluso me ha llegado a pasar que empiece a volar por el aire y, zas, contra la pared de modo que se deshace en trocitos verdes: un guacamole vivo.

Sin duda, el aguacate debe saber qué hace en su tiempo libre, pero son otros quienes tienen que apechugar con las manchas en la pared de la cocina, son otros quienes tienen que limpiar la suciedad verde. He intentado hablar tranquilamente con el aguacate y explicarle que hay maneras menos impetuosas de manifestarse, pero es un caso perdido. No quiere escuchar, va a su aire por la cocina y, hala, contra los relucientes azulejos blancos.

A veces deseo que todo fuera como antes, con aguacates que escucharan y azulejos siempre de un blanco reluciente. Pero las cosas son como son, ahora todo es diferente y el aguacate va a su aire.

He decidido resignarme y no rebajarme al nivel del aguacate enfadado. Calma y control, ésas son las diferencias fundamentales entre una fruta y una persona, entre una pieza de fruta cabreada y un humano adulto

Viewmaster 7

Son las dos de la mañana y todavía hace calor. La ventana está abierta, la garganta me pica por el aire contaminado de México D. F. Me ocurre como con los jalapeños, me hacen llorar, pero siempre me los como.

Oigo a lo lejos el camión de la basura. Felipe me ha montado en la amplia mesa de trabajo un micrófono sobre la tapadera de una cazuela de modo que mis palabras se pueden oír por la mañana en Hilversum. Tengo una emisión en directo, pero todavía tengo que esperar en el aire un rato. Antes de presentar mi relato sobre una fuga en una central nuclear del estado de Veracruz, oigo las conversaciones con los peatones y ciclistas de Ámsterdam, que en la fría mañana de febrero cruzan el IJ en el ferry para ir a trabajar.

Por fin he conseguido lo que siempre he querido: estar en dos sitios a la vez, en casa y muy lejos.

Sin sonido

Algunas veces me veo obligado a hablar y tengo que pensar bien por qué digo lo que digo. En cierto modo establezco un vínculo entre hablar y pensar. Eso revela lo enfermo que estoy, pues, si estuviese curado del todo, ya no vería ningún vínculo entre ambos

Hablar me resulta espantoso, lo encuentro un tormento. Para mí es igual que andar, calcular o recordar: una crueldad. Un pensamiento no se muestra desnudo. Sólo una vez que se ha disfrazado, de modo que ya no es reconocible como pensamiento, puedo contemplarlo.

Quiero mirar sin sonido porque mirar con sonido se parece mucho a hablar. Tal vez por eso me agrada tanto escribir; escribir puedo hacerlo sin sonido. Para leer se necesita el sonido, de ahí que no me guste leer. Nunca leo lo que escribo o sólo lo leo si decido olvidarlo de inmediato. Y entonces decido también de inmediato no olvidar esa decisión.

Hace poco estuve en un museo. Se podían alquilar auriculares explicativos para entender mejor las pinturas. «Puede ser una ayuda ahora que estoy lelo», pensé. Pero la explicación trataba sobre las pinturas. Apagué el sonido. Conservé el aparato porque no quería llamar demasiado la atención entre el resto de visitantes. Escuché las explicaciones más tarde, a solas, en un aseo oscuro.

Imagen con explicación es un exceso, es desconcertante para gente como yo. Por eso prefiero ir por la vida con el sonido apagado. No puedo evitar que otros escuchen lo que digo o escribo; no puedo hacerme cargo de su inclinación enfermiza por el exceso. Desde luego que no, cuando los problemas se resuelven con apretar un botón.

Nirvana

Al principio, el caos en mi cabeza y en mi vida me pareció espantoso. Me fastidiaba un montón; quería todo en su sitio, quería ordenar el embrollo, pero no lo lograba.

Últimamente no me parece tan mal. El caos también proporciona cierta libertad. Con semejante lío no sabría por dónde empezar, así que prefiero dejarlo tal cual. Se me olvidan muchísimas cosas. Antes, una parte de mi cabeza estaba llena con todas esas cosas que no debía olvidar para evitar el caos. Ahora, debido a ese caos, hay espacio para otras cosas. La azotea está vacía, es amplia y bastante diáfana, lo que proporciona una sensación de fresca libertad.

La organización tiene su propia belleza, pero es una belleza que, por el momento, no puedo conseguir. Tengo que arreglármelas con el caos que hay. Cuanto antes lo asuma, más espacio habrá, espacio para el vacío, para nada.

Quizá la idea del caos tiene que ver con la sensación que tengo de tiempo perdido. El tiempo es como los euros, sé su valor cuando calculo su cambio, pero no lo siento. Tal vez por eso también me cueste tanto tener paciencia. Me resulta complicado entender «a continuación» y tampoco entiendo muy bien «entonces». Lo único que comprendo es «ahora».

Me parezco a un niño pequeño o a un budista iluminado, alguien que ha examinado en profundidad su vida en busca de la esencia de la existencia. Ha sucedido sin más, ha ocurrido sin que me diera cuenta. Hay quien lo llama enfermedad, una afección neurológica. Otros lo llaman ser un iluminado. Para algunos pocos es incluso el nirvana.

Muy de vez en cuando, cuando no se me ocurre otra cosa, de repente

pienso: no está tan mal, es una especie de cielo. Pero por lo general es francamente espantoso. No resulta agradable ser el único que vive en el nirvana cuando todos mis amigos están en la tierra. Me produce nostalgia, quiero estar con ellos, bajarme de la nube, abandonar el nirvana.

Sencillamente quiero estar en la tierra, como todo el mundo.

Conocimiento pasivo

Durante una cena en Basilea, un circunspecto caballero alemán me pregunta por cortesía qué tipo de artistas colecciono. No se me ocurre ni un solo nombre y miro a mi amigo Frank, que lo sabe todo y por eso ha venido conmigo, pero Frank está enfrascado en una conversación con un conocido pintor. Hago un esfuerzo por pensar y señalo al pintor, pero me doy cuenta de que eso no vale. No me viene a la cabeza ningún otro nombre. Me quedo un rato callado y, a continuación, le explico al caballero alemán que he tenido una encefalitis y que me cuesta mucho recordar. Así consigo desviar la atención, a pesar de y sobre todo gracias a mi encefalitis. Al rato llegan los artistas con cuentagotas: «Aquí estoy», dice Jeff Wall. «¡Yo también!», exclama Bill Viola. «Y yo», dice Tony Oursler. Pipilotti Rist saca la lengua: como siempre, le gusta llamar la atención.

Vivo la vida como un conocimiento pasivo. Reconozco la mayor parte, pero no logro que se me ocurran las ideas. Es como una lengua que no hablase aunque pudiera leerla y comprenderla perfectamente. Pero mi vida no es una lengua muerta, mi vida vive. Mi conocimiento pasivo es un toque de torpeza en un mundo en el que se espera que, de vez en cuando, uno suelte algo de conocimiento.

A veces Felipe mete la pata, me hace preguntas cuya respuesta yo sabía antes. Entonces no le daba ocasión de preguntar, soltaba todo lo que sabía a diestro y siniestro, le contaba todo, le interesase o no: el precio del barril de Brent, la capital de Eslovaquia, cuándo nació Carlomagno o qué distancia hay entre Viena y Berlín. Cosas que ya no sé y tampoco quiero saber.

Por descuido, Felipe me preguntó ayer a cuánto estaba el franco suizo. Lo miré furioso y entendió de inmediato. Se disculpó

por haberme hecho una pregunta tan estúpida.

Era igual que las preguntas del médico que quería que yo le dijera a qué día estábamos. Paso de contestar preguntas tontas. Tan cierto como que no sé la respuesta.

Bienvenido a casa

Felipe y yo estamos en Bangkok. Es mi primer gran viaje desde que estoy «mejor». El aeropuerto huele exactamente igual, la gente se ríe con la misma simpatía. El conductor del hotel nos reconoce de la vez anterior. Nos lleva en el mismo Mercedes beige por la autopista que tiene exactamente el mismo aspecto, igual que la ciudad. Nos quedamos atrapados en el mismo lugar y el atasco dura tanto tiempo como la vez anterior.

El hotel sigue en el mismo sitio, ocupamos la misma habitación con las mismas vistas al río, igual que la vez anterior que estuvimos aquí, hace dos años, justo antes de que cayera enfermo. Nada más llegar nos ponemos a hacer lo mismo que hicimos la vez anterior. Paseamos por la misma calle hasta el mismo restaurante donde también nos reconocen. De pronto recuerdo el camino que hicimos la vez anterior desde el hotel hasta este clásico restaurante tailandés y las historias que nos contamos sobre nuestra juventud. La de Felipe transcurrió en México D. F., a más de nueve mil kilómetros de la mía en Róterdam y, sin embargo, habíamos vivido las mismas experiencias: madres que a veces no parecían estar presentes por más que estuvieran sentadas frente a nosotros, padres muy ocupados en importantes asuntos, hermanos y hermanas que se entretenían con juegos en los que no queríamos participar.

Pido lo mismo que entonces, es decir, lo que creo que comí la vez anterior. Y, de repente, veo delante de mí a la madre de Felipe, cuando le respondía mediante una canción. Cuando Felipe, de niño, le preguntaba algo, jamás le daba una respuesta directa, sino que cantaba una cancioncilla. Felipe tenía que interpretar lo que quería decir con la canción. Su repertorio era infinito, pero Felipe nunca supo si estaba descifrando el código de manera correcta.

Que todo sea exactamente igual que hace dos años, que los tailandeses se acuerden de mí, pero, sobre todo, que yo lo reconozca es una experiencia completamente nueva en mi estado actual. Que pueda incluso recordar algo de lo que Felipe y yo hablamos entonces me pone la carne de gallina, de sorpresa y de placer. He tenido que viajar a Tailandia para volver a casa.

Entonces, al tercer día, de pronto me entran ganas de descubrir algo nuevo. Cuando viajábamos antes de ponerme enfermo, íbamos siempre a la aventura: Birmania, Camboya, Laos, Vietnam. Eso es lo que me apetece ahora, quiero ir a un país desconocido, a una ciudad desconocida.

Pero no lo hago, soy demasiado sensato. Lo que sí decido es que vayamos a comer a un lugar nuevo. Voy a pedirle al conductor que nos lleve por otro camino para que nos quedemos atascados en un lugar donde no nos haya ocurrido antes.

De todo corazón

A veces descubro en mi agenda notas que apunté hace medio año. Generalmente no puedo descifrarlas: veo una letra que ya no es la mía, son garabatos de crío. A veces me pregunto si no me habré convertido un poco en el niño que nunca fui. Y me pregunto qué supone eso para toda la pobre gente que me rodea.

La mano infantil ha anotado sobre todo cumpleaños. Leo, por ejemplo, que hoy es el cumpleaños de Licura. Pero no tengo ni idea de quién es Licura o cualquiera que sea el nombre que intenté escribir, de modo que quien hoy cumple años no va tener noticias mías y no me lo va a tener en cuenta porque he estado gravemente enfermo.

Pero en absoluto me he olvidado del cumpleaños de Licura. Pienso en él y me pregunto quién es. O quizá sea ella. Con que, Licura, felicidades de todo corazón, quienquiera que seas y dondequiera que estés.

Viewmaster 8

La recepcionista de mirada esquiva del laboratorio me entrega un sobre que abro en la calle. Pone: anti-cuerpos antígenos HIV-positivo.

¿Positivo significa negativo? ¿Positivo significa que dentro de unos pocos años estaré muerto?

Me encuentro en medio de una transitada calle de México D.F. Los coches pasan a toda velocidad, los peatones me dan empujones en la espalda, empieza a atardecer.

Calculo que si hay un diez por ciento de probabilidades de que este test dé un resultado falso, como dijo el médico con el que conseguí hablar un momentito después de mucho insistir, y que si la probabilidad de contraer el SIDA para un seropositivo es del cincuenta por ciento, yo tengo un 45 por ciento de probabilidades de estar muerto en dos años. ¿O es el 47,5? Nunca se me han dado bien las matemáticas y me pregunto si tiene sentido ponerse a estudiar ahora.

Fragmentos

—Tengo algo para ti —dice la logopeda. Es lo que dice siempre, como si se tratara de una agradable sorpresa, un regalo inesperado con un poema ingenioso que me fuera a hacer reír a carcajadas. Y siempre es una nueva confrontación con algo que no soy capaz de hacer y que no me hace gracia.

Esta vez ha cortado un artículo en fragmentos y el objetivo es que yo ponga los fragmentos en el orden adecuado. Eso implica que tengo que leer el artículo, con lo que la logopeda invade el terreno del profesor de lectura. Todos los días, desde Bagdad, nos llegan por televisión ejemplos de lo que sucede cuando uno invade un terreno que no es de su incumbencia. No lo puedo permitir. Por razones políticas y, sobre todo, morales.

Primero me quedo mirando los recortes con los que tengo que hacer un todo. A mí no me importa en qué orden van porque no pienso leerlos por razones políticas y morales. Se me ocurre una astucia (quien no sabe leer debe ser listo) y le doy la vuelta a todos los trozos. Por el otro lado hay una fotografía y encajo las diferentes partes. Una vez que lo he hecho, doy la vuelta otra vez a los fragmentos y le digo a la logopeda que ya tiene el artículo que tanto le interesaba leer, pero que había roto en un arrebato de vandalismo. No se lo esperaba. Claro que se lo he dicho en holandés y no me entiende. Se niega a ir a clase de holandés, cosa que sucede muy a menudo a los no afásicos, que son terriblemente cabezotas.

Ahora ya sé lo que tengo que hacer. Sencillamente tengo que dar la vuelta a la realidad fragmentada y encajar las diferentes partes. Las clases para afásicos no son del todo inútiles, pero sigo preguntándome si de verdad los logopedas aprenden algo.

Hace un año

Alguien me contó que ingresé en el AMC el 8 de diciembre, por eso sé que ayer hizo un año, pero yo tengo la sensación de que fue hace dos semanas, hace cuarenta años, nunca. Tengo la sensación de que todo es lo mismo: hace dos semanas, hace cuarenta años, nunca.

Lo que más me gustaría es que jamás hubiera ocurrido.

Me han pasado otras muchas cosas desagradables a lo largo de la vida. «¡Qué desgraciadito soy!», pienso entonces. Pero he aprendido de ellas, se han convertido en una parte de mí mismo, me pertenecen como me pertenecen la nariz o los ojos, ya no podría vivir sin ellas.

Con este acontecimiento, sin embargo, no me ocurre eso. Nunca he querido apartar algo de mi mente con tanta energía. Si pudiera hacer realidad un deseo, sería que esto nunca hubiese ocurrido. Y, con todo, en la vida me han pasado cosas que eran mucho peores, cosas irreversibles, cosas que habría sido mucho mejor que nunca sucedieran. Pero todas esas cosas las asumo.

En este caso sigo deseando en mi fuero interno que alguien me diga que era una pesadilla, un sueño que parecía verdad, pero no lo era. Lo que más me gustaría es que eso me lo dijera el médico: es un médico, tiene que saberlo, si lo dice es que es así.

Sigo deseando que no hubiese sucedido. Igual que una madre, cuyo hijo ha muerto en un accidente, en su fuero interno anhela encontrarse a cada vuelta de la esquina con su hijo dando brinco, así espero yo todavía que el médico me diga que no fue verdad. Del mismo modo que esa madre sufre una decepción a cada vuelta de la esquina, también yo me siento decepcionado cuando el médico no niega la verdad.

Me sorprende que yo quiera que la realidad sea diferente de como es.

Antes, mi más ardiente deseo era ver la realidad tal como es. «Si, por una sola vez, puedo verla tal como es, podré entenderla y seré capaz de vivir con ella», pensaba entonces.

Ahora ya no quiero ver la realidad. Intento hacer como que no ocurrió lo que pasó metiendo la cabeza debajo del ala.

Por supuesto, sé que es imposible deshacer lo sucedido. Por supuesto sé que hay que manejar lo mejor posible aquello que no se puede cambiar. Lo sé, pero no lo quiero saber y ese no querer saberlo es más fuerte que cualquier otra cosa. Jamás en mi vida me he negado a algo con tanta intensidad. Me sorprende de semejante empeño. Estoy estupefacto. No es propio de mí rechazar algo con tanta terquedad, no es propio de mí invertir tanta energía en algo que apenas me quede energía para otras cosas.

Le he dado vueltas a por qué es esto así, lo he analizado pensando que sería más fácil vivir con ello si llegara a entenderlo, pero ya no tengo ganas de seguir dándole vueltas. No quiero analizar, no quiero entender, sólo quiero vivir. Quiero vivir, pero sin eso. Mi deseo de vivir es tan fuerte como mi deseo de no entender. También estoy sorprendido por este deseo. Sabía que quería, pero que quería con tanta intensidad ni siquiera podía imaginarlo.

Querer y estar sorprendido son suficientes ocupaciones para mí. Para lo demás, por el momento, no tengo ni un segundo.

Prisa

Justo hace un año, cuando salí del hospital, tenía una particular manera de andar. En lugar de levantar una pierna y volverla a apoyar, primero el talón y luego el resto del pie, como me ha explicado en clase la fisioterapeuta, me dejaba caer de bruces, pero enseguida me incorporaba de modo que no llegaba a darme contra el suelo, sino que avanzaba a trompicones. Creía que eso era andar.

La gente que estaba a mi alrededor me sujetaba con el corazón en vilo. Temían que me fuera a caer, pero siempre, cuando estaban convencidos de que iba a parar al suelo, yo ya había desaparecido. Andaba y caía una y otra vez dejando atrás manzana tras manzana de modo que apenas podían seguirme.

No es que haya cambiado mucho en un año. Sigo avanzando a trancas y barrancas. Tengo prisa. No tengo tiempo para actuar con calma porque entonces me caigo al suelo. La tranquilidad me repele. Por eso tampoco reflexiono, porque, como recordar, reflexionar supone una especie de tranquilidad que tengo que evitar a cualquier precio: no tengo tiempo.

Cuando tengo que esperar, se adueña de mí un pánico tremendo. Sólo puedo controlar el pánico enfadándome terriblemente; mediante la rabia acallo mi propio terror. No es de extrañar que tire con fuerza de la correa de Ollie cuando se para a olisquear un árbol. Me gustaría que nuestro bulldog francés fuera un galgo: tiene que correr, igual que yo.

Apenas duermo; dormir es como la tranquilidad. Incluso peor: es estar quieto y hacer como si estuvieras muerto. Ya he estado demasiado tiempo muerto.

Leer se me hace pesado porque tengo que estar quieto. Me gusta escribir porque escribir es correr sentado. Vivo a la carrera, siempre tengo prisa. Es como si algo fuera a

abalanzarse sobre mí si me quedara quieto. No sé lo que es. Para saberlo tendría que quedarme quieto y no puedo hacerlo.

Un tipo listo diría que huyo de mí mismo, pero, por suerte, no soy tan listo. Lo que en mi opinión salta a la vista es que huyo de lo que ocurrió. Sólo de pensarlo me estremezco con tal espanto que se arma la de Dios es Cristo. Y ante todo hay que evitar que se arme la de Dios es Cristo. Por eso corro, por eso tengo que seguir hacia adelante. Por eso escribo.

Desnudo bajo la piel

En algunas pinturas del siglo XV aparecen santos que sonrían de manera afable mientras son torturados. Al que algo quiere algo le cuesta: hay que pagar un precio por ser santo. Cabezas y manos amputadas, clavos por todo el cuerpo, flechas, la parrilla: la imaginación de los verdugos de la Edad Media era infinita y extraordinaria, cada santo recibe un tratamiento a su medida para penetrar en lo espiritual.

Igual que mi memoria, mi conocimiento sobre los santos ha disminuido, por lo que tengo que averiguar qué santo fue desollado vivo. Me identifico con él o ella, pues a menudo me siento como alguien a quien hubieran arrancado la piel. Sangre, músculos y tendones descubiertos, desnudo: así es como me siento aunque no sea santo. Es como si me hubieran arrancado de un tirón las defensas que estuve levantando a lo largo de cuarenta y siete años. Aquí estoy tal como soy, no tengo nada con que cubrirme. Siento cualquier brisa, cualquier palabra, cualquier roce. Es desagradable y a menudo duele, pero una cosa es segura: ¡siento! Siento un abrazo de palabra, siento el azul chillón del cuadro del vestíbulo que es una fotografía, siento el amarillo y el naranja de la foto que también podría ser un cuadro. Con una capa de pintura o fijado por la luz, no importa, desnudo bajo la piel, lo siento todo.

En otro tiempo, atemperaba los sentimientos impetuosos, los metía en vereda. Era cómodo, práctico y sensato: pero ya no me apetece. Prefiero las sensaciones ásperas. En cierto modo son como zanahorias crudas: hacen mucho ruido y masticarlas no siempre es agradable de ver para los demás, pero, al menos, las siento. Las veredas mesuradas no las sentía.

Cuando se producen demasiadas cosas al mismo tiempo, cierro los ojos

un momento. Con mucho cuidado dejo que vayan filtrándose algunas imágenes: el patio a la luz de la mañana, el perro que duerme en su cesta, el montón de ropa que espera paciente en un rincón al nuevo día.

Al cabo de unos minutos abro los ojos. Quiero ver, quiero vestir la desnudez bajo mi piel con imágenes, imágenes que son lo que soy y lo que otros son. En esas imágenes nos encontramos de modo que no se produce la sensación de desierto. Estoy desnudo bajo la piel, pero desierto jamás.

De viaje con un extraño

Este año me he ido de viaje con un extraño. No, no se trataba de alguien distinto de Felipe. Por supuesto que no. Felipe sigue siendo el mismo hombre adorable, solícito y extraordinario. Se trataba de otro, mi nuevo yo.

Al principio estaba un poco nervioso, nunca se sabe cómo va a reaccionar ese desconocido, a veces puede resultar de lo más molesto, sobre todo para la gente que está cerca. Por eso me gusta mantener cierta distancia con la esperanza de que nadie se dé cuenta de que vamos juntos. Se mueve como alguien a quien hubieran herido de bala superficialmente y, como cuando uno está algo bebido, no se da cuenta de la impresión que produce. En cualquier caso no parece que le afecte. Eso es, claro, lo más raro de todo, que aquello por lo que otros se mueren de vergüenza no le importe ni un comino.

Por lo general, cuando la gente se apresura a ayudarlo pensando que va a caerse en cualquier momento, hace como si no los viera. Cual marinero borracho se tambalea por los hoteles más lujosos. Hace poco una azafata le preguntó si quería que lo ayudase a poner su bolsa en el portaequipajes. «No, desde luego que no», contestó y se esfumó. Desapareció entre los asientos sin dejar rastro. Cuatro azafatas, el piloto y el copiloto se apresuraron a ayudarlo, pero aseguraba que todo estaba en orden. Durante todo el viaje permaneció alguien junto a él, con la intención de evitar posibles percances, en particular en esa época de explosiones y catástrofes, pero él ni se dio cuenta. El servicio le pareció formidable. «Esto únicamente sucede en Asia», se dijo y decidió entonces que sólo viajaría a ese continente.

También la gente del hotel le pareció muy atenta. Cada diez metros había alguien dispuesto a sujetarlo cada vez que pasaba planeando. Hasta pensó que caminaba muy erguido, cosa que también le pareció influencia oriental. Pero el personal creía que estaba

practicando deporte.

—¡Qué gracioso que haga eso en los pasillos del hotel! —dijo el mayordomo—. ¡Qué inteligente por su parte no limitarse a algo tan artificial como un gimnasio!

Apenas puede leer todavía. En su opinión, se debe a la dirección de la luz, que siempre es la equivocada. Cree que puede escribir de nuevo y le parece normal no poder leer lo que ha escrito, por culpa siempre de la mala dirección de la luz, aunque nadie pueda descifrar su caligrafía: lo he intentado. No hay diferencia entre su escritura y un garabato infantil, no tiene ni pies ni cabeza.

No se da cuenta. Literalmente no ve nada o sólo lo que le conviene. Es un ciego con vista y yo me muero de la vergüenza, pero no parece que le importe. Me temo que no me queda otra que seguir su ejemplo: actuar como él y pasar de todo.

Es cuestión de acostumbrarse y tengo que practicar mucho, pero no hay elección: es demasiado complicado explicar a todo el mundo que no soy el que parezco ser. Y además no funciona, me miran como si estuviera chiflado, como si él y yo fuéramos el mismo.

Así que tendré que vivir con ese extraño, no puedo hacer otra cosa.

Viewmaster 9

Felipe ha conseguido un trabajo en Estados Unidos. Aquí puedo recibir mejor asistencia médica que en México, pero no tengo nada que hacer. «Sobre todo, disfrute», han sido las palabras del médico estadounidense, pero Felipe trabaja desde las siete de la mañana hasta entrada la noche y pasármelo bien, más solo que la una, bajo un árbol en un jardín sin gente me resulta imposible. Raspo la corteza de un haya de modo que queda un espacio vacío y blancuzco que me hace estremecer. Corro hacia el garaje, cojo la cola que utiliza Felipe para arreglar los muebles y pego la corteza al árbol. A cierta distancia no se percibe que en algún momento faltó ese trozo de corteza.

La puerta de entrada

—Han intentado forzar la puerta —dijo ayer Felipe al llegar por la tarde a casa—. Mira, hay astillas y serrín.

La observó preocupado y continuó lijando la puerta.

—Vaya —repliqué. A continuación le confesé que la puerta se había estropeado porque esa mañana, furioso, la había cerrado con un golpe.

Felipe quería saber por qué me había enfadado tanto, pero ni yo lo sabía. No había una causa directa. Me disponía a ir al curso de fotografía, pero no encontraba ni el cuaderno ni el bolígrafo, ya iba tarde y Ollie me miraba extrañado.

Felipe se tranquilizó:

—Menos mal que no se trataba de un ladrón.

Con todo, yo estaba asustado del meneo que había metido a la puerta: que un desconocido intente entrar en tu casa no es agradable, pero que tú mismo te dediques a dar portazos es igual de inquietante.

Esta noche no he podido dormir debido a la puerta. Y no he dormido por lo que dijo Felipe:

—En el hospital cometieron un error: entregué un Han y me han devuelto otro distinto. Es como cuando intercambian dos bebés. Puedes devolver al niño equivocado, pero esto es más difícil de resolver.

Tiene razón. En el hospital, a Felipe le dieron un amigo equivocado y no lo puede descambiar. Ya no soy cariñoso, ni simpático; lo mío es el enfado, siempre estoy enfadado. Me enfado con el camarero del restaurante porque se demora con la cuenta, me enfado con la puerta porque no encuentro el cuaderno y el boli, me enfado con Ollie porque se queda demasiado tiempo olisqueando un árbol, me enfado con Felipe porque me da asco la comida y no entiendo la clase de informática.

Al camarero hay que despedirlo, los demás no tienen culpa alguna.

¿Y yo? ¿Tengo yo culpa? ¿Es que no me puedo contener aunque sea un poquito? Sin embargo, tengo la sensación de que me contengo un montón. No me he liado a tortas ni con la puerta, ni con el camarero, ni con Ollie, ni con Felipe, lo que me parece toda una demostración de autodisciplina.

Me parece espantoso que Felipe se entristezca, que sienta pena por mí. No es mi intención, pero no puedo remediarlo. El sentimiento de impotencia que regularmente me domina es tan fuerte que no lo puedo reprimir. Es como una erección, pero desagradable.

Esta noche, en la cama, he estado pensando en posibles soluciones: que me ingresen o algo peor. Pero sé que ingresarme, o algo peor, es mucho más drástico que mis estallidos de ira, es más complicado de barrer que el serrín de la puerta. Sé que tengo que solucionarlo por mí mismo, pero no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

Sólo se me ocurre una manera, me he hecho un propósito. En realidad es una sugerencia de Ollie. Hoy lo voy a sacar media hora y voy a intentar no enfadarme; quiero disfrutar de él media hora como antes. Hoy lo voy a poner en práctica y voy a continuar hasta que lo logre. Todo lo demás carece de importancia. Adiós al curso de fotografía, no tengo tiempo, primero tengo que sacar a Ollie y aprender a disfrutar.

Eso lo primero y luego le llegará el turno a Felipe.

Paseo matutino

Mi vida es un plato lleno a rebosar y la única manera de no ensuciar demasiado es trocearla en pequeños bocados. Con la esperanza de que no se me vuelva a quedar atascada en la garganta, la desmenuzo en pequeños trocitos. Siempre pienso que puedo tragármelos fácilmente, pero al final siempre me entra un ataque de tos y acabo escupiéndolo: los cachos aún no son lo bastante pequeños. Esos trozos diminutos son demasiado grandes para mí, lo que me pone furioso

Ollie viene en mi ayuda, ayer se le ocurrió la idea de que fuéramos a pasear sin pelearnos. Me parece pedir mucho: supone que, al menos durante veinte minutos, no puedo enfadarme. Con todo, lo hemos intentado. Los primeros tres minutos transcurrieron estupendamente. El frescor de la mañana me pareció agradable; vi una hoja dorada en un charco de agua y me recordó las virutas de chocolate que iba a comprar en la pastelería Escribà.

Por el camino nos cruzamos con dos chicas:

—No está nada mal —le dijo la una a la otra.

—¿Quién? ¿El perro o el amo?

—Los dos, por supuesto —dijeron y se echaron a reír.

Yo estaba radiante. Da igual si es cierto o no, lo que importa es la intención, de eso se trata.

Ollie olió algo interesante en un árbol y empezó a tirar. Di una sacudida a la correa y Ollie se dio la vuelta:

—Pensaba que habíamos acordado que no íbamos a pelearnos; iba a ser agradable e íbamos a disfrutar de todo lo que nos saliese al encuentro, hojas doradas en los charcos, putas colombianas en busca de un último cliente y todo lo demás.

—Dos clientes querrás decir.

Volví a darle un tirón a la correa.

En el camino de vuelta echó una meada en cada árbol, olisqueó cada bolsa de plástico y husmeó cada farola. A la duodécima farola ya no pude contenerme y di un fuerte tirón a la correa. Ollie salió volando por el aire. No dijo nada, sólo me miró y eso fue más que suficiente; volví la cabeza avergonzado.

Pasear veinte minutos sin enfadarse. Vamos a intentarlo de nuevo, a ver si esta vez funciona.

Cuarenta euros

Felipe ha encontrado dos billetes de veinte euros en un pantalón que le di esta mañana porque me queda tres tallas demasiado grande.

—¡Cuarenta euros, qué bien! Sé exactamente de dónde han salido —dice mientras pliega con cuidado los billetes y empieza a contarme que esos cuarenta euros fue el primer dinero que saqué del cajero justo cuando volví a empezar a caminar. Fue la primera vez que salí a la calle solo, tambaleándome vacilante y mareado. En realidad Felipe no quería dejarme ir, pero había decidido que lo mejor para mí era que yo practicara para que de nuevo fuera independiente. Con el corazón encogido me escribió la clave en números bien grandes. ¿Regresaría?

Volví pasado mucho rato porque no podía encontrar la esquina de la calle. Por el camino perdí el dinero, como perdía la mayor parte de las cosas en esa época: dinero, llaves, la clave, los recuerdos, el camino.

Esa historia me hace llorar. Últimamente tengo la lágrima fácil. Las mujeres de la Asociación Afasia me han explicado que eso le ocurre a menudo a la gente que ha sufrido alguna enfermedad cerebral. Nos echamos a llorar por menos de nada. Si estamos contentos berreamos, si estamos tristes berreamos y si estamos enfadados berreamos. A menudo nos enfadamos, lo que también tiene que ver con el sentimiento de impotencia que experimentamos, según me han explicado las mujeres de la Asociación.

Ahora estoy triste, contento y enfadado todo a la vez, así que berreo el triple. Lo que peor me parece es la preocupación de los demás, la preocupación de Felipe, la preocupación de mi familia, de mis amigos. Estaban preocupados y yo no estaba ahí para tranquilizarlos.

Ésa es otra razón para lloriquear un poco.

Little Children

Quiero que Felipe esté siempre conmigo. Sólo cuando estoy con él me siento seguro, me cuelgo de él como un crío se aferra a su madre. Cada vez que va a la cocina a coger un plato de sopa y una manzana para mí, voy detrás de él. Cada vez que saca a Ollie, me planto en el balcón esperando a que vuelva; cada vez que va a hacer la compra, lo acompaño y me siento en un banco a esperarlo con Ollie hasta que sale de la tienda. Me parece fatal que hasta hace poco (por primera vez desde que me puse tan malo) no haya vuelto a su trabajo de restauración de muebles antiguos.

Al mismo tiempo quiero dejar atrás lo que ocurrió hace un año y con lo que él está tan vinculado. Tengo que alejarme tan rápido como sea posible de aquel pasado, igual que uno huye del lugar donde ha visto un terrible accidente de tráfico por temor a que los coches destrozados todavía puedan echársele encima. Tengo que entrar en un mundo en el que no dependa de Felipe, en el que pueda sostenerme sobre mis propios pies. Por eso hace un mes decidí comprar una obra de arte especial.

Felipe me preguntó si de verdad estaba ya en condiciones para manejarme en ese ambiente: hay tanta gente sin escrúpulos, ¿no sería más sensato esperar un poco? Pero esperar, eso nunca así que de inmediato me deshice de mis bonos triple A y compré la obra más cara que he adquirido nunca. Por primera vez en doce meses no tenía la sensación de tambalearme. Me sentía fuerte. Era como si ese apretón de manos me hubiese levantado en el aire. Pero Felipe estaba enfadado, enfadado y sobre todo asustado.

Ahora las nueve cajas de luz de Jeff Wall cuelgan en un museo de Holanda. Estuve allí la semana pasada; los visitantes admiraban la obra, señalaban los rostros de los niños y el cielo de intenso color que forma el fondo. Pero cuando yo miro *Little Children* veo sobre todo el

rostro angustiado de Felipe, sus ojos desesperados. Le cogí la mano con fuerza y por un momento, apenas un segundo, sentí la misma fuerza que un mes antes. Entonces retomamos el camino, teníamos que seguir.

Alegría versus alegría previa

Ayer por la mañana decidí que teníamos que ir a Bali. Inmediatamente. Ya. En ese momento me encontraba justo en la cinta andadora y lo que más me habría gustado habría sido ir directamente del gimnasio al aeropuerto con el pantalón de deporte y la camiseta sudados debajo del brazo.

Me puse furioso cuando la mujer de la agencia de viajes dijo que necesitaba tiempo para arreglar algunas cosas y reservé en otra en que supieron responder al instante a mis impulsos: en tres días saldríamos para Bali; todo estaba arreglado.

Sólo algo más tarde surgió la duda: ¿era sensato? Y ¿es sensato ser sensato? Por supuesto es posible hablar a favor de ceder a los impulsos y satisfacciones inmediatas que generan. Por otra parte, la mayor ventaja de ser sensato es que hay más tiempo de disfrutar de la alegría previa. Y la alegría previa es también una forma de satisfacción inmediata, es posible disfrutar de la alegría previa al momento, sobre la marcha.

A Felipe no le hizo gracia. Había recibido esa semana el encargo de restaurar un armario, no le venía nada bien salir otra vez de viaje. Finalmente decidí posponer un poco nuestra partida de modo que Felipe pudiera terminar el armario y yo dispusiera tanto de la alegría como de la alegría previa. Por eso hoy estoy ocupado en cambiar todo lo que organicé ayer.

Resulta todo un poco fastidioso, no pensar acarrea trabajo extra. Es como las secuelas de mi enfermedad: hace sólo dos semanas todavía vomitaba todos los días por la tarde, y por la mañana también. Ya se me ha pasado, ahora tengo que recoger los platos rotos que causan mis impulsos. Pero no huele tan mal.

Espero que a los demás no les moleste demasiado lo precipitado

de mis impulsos. Si así fuera, me disculpo. Dentro de un tiempo ese efecto secundario habrá desaparecido. Entonces volveré a ser normal, sensato, tranquilo, volveré a pensar antes de actuar.

¿Y si nunca fui así? Vaya, ya no lo sé y esperemos que durante un tiempo siga sin saberlo.

Entierro en Bali

Vamos a Bali para enterrar todas las secuelas de mi enfermedad y clausurar así el período de recuperación. Quiero estar mejor y una vez que haya metido bajo la arena de un país lejano los últimos síntomas y recuerdos, no podrán ya encontrarme.

Ya hemos estado antes en Bali, hace trece años. ¿O fue hace dos? En alguna parte tengo una foto en la que Felipe me rodea con el brazo y señala algo que nos hace reír a carcajadas. ¿O no es una foto, sino una imagen que se ha quedado en suspenso, un recuerdo?

Durante el viaje anterior me quedé impresionado por los entierros: allí no son ningún acontecimiento triste; no vi ningún vestido de luto ni caras largas bajo el sol de Indonesia. Los entierros en Bali son coloristas, cortejos con mucha música, animadas comitivas de gentes que charlan, ofrecen sacrificios a los dioses y llevan sabrosas comidas para el resto de los invitados. Un entierro en Bali es agradable; quiero un entierro así para mi pesadilla.

En Bali los espíritus de los muertos siguen viviendo. Vuelven con regularidad a la tierra y son tratados con deferencia ya que todavía tienen algo que decir. En Bali los muertos siguen teniendo de todo y siguen ejerciendo influencia. No sé si me apetece hacerme cargo de las exigencias de los muertos, pero al espíritu de mi pesadilla, si me visita de vez en cuando, quiero tratarlo con el debido respeto. Tiene derecho a cierta consideración, fue algo que ocurrió, que pasó de verdad. No obstante, es preciso encontrarle un lugar donde pueda descansar sin hacer demasiadas travesuras.

No tengo claro cómo hay que enterrar al espíritu de mi pesadilla, justo por eso voy a Bali. Quiero echar un vistazo por toda la isla, pero sobre todo en los entierros. Tengo que grabarme bien las costumbres y rituales

para después hacer algo en casa.

Pero nunca se sabe. Tal vez sea mejor incinerar inmediatamente mi pesadilla en Bali, en un lugar retirado. Quizá entierre las cenizas en la playa y deje un batik encima o puede que levante un tenderete ritual, como he visto hacer a la gente de aquí.

Ya no me acuerdo de cómo era exactamente, por eso voy a Bali. Voy a aprender cómo se hace un entierro.

Necio

Siempre pensé que no había gente más necia que la que desconocía qué medicinas tomaba. No saber qué estás tragándote no es sólo necio sino también peligroso: imagínate que ocurre algo. Felipe y yo nos reíamos de la gente que sólo podía indicar el color, azul o amarillo, de las pastillas que tomaban. Escribí artículos en los que me burlaba de semejantes botarates.

Ahora soy uno de esos necios. Sólo mi médico sabe lo que tomo, y Felipe. Por ahora él es el responsable de mantener a salvo mi vida.

Aquí, en Bali, quiero dedicar un tiempo a aprender cuáles son los cinco medicamentos que utilizo. Hemos fijado dos semanas para esta tarea, que se han pasado en un abrir y cerrar de ojos. Reservé a propósito una suite en el Four Seasons Hotel porque se necesita espacio para memorizar tantas cosas de una vez. Al principio pensé que íbamos a necesitar un ático con terraza y piscina cubierta, pero desgraciadamente no resultó ser el caso.

Al cabo de tres días me había aprendido una medicina. No la recordaba siempre, sólo de vez en cuando. Unos días después me sabía ya alguna más, pero debía decir los nombres rápido y en el orden exacto. Cuando me aprendí las cinco, Felipe quería que le señalase cada pastilla y le dijera cómo se llamaba. Pero eso no lo habíamos hablado y me parecía hacer trampas. Para nada podía reconocer las pastillas, sólo me sabía el nombre de memoria. Igual que alguna vez me aprendí de memoria la retahíla Hoogezand-Sappemeer-Stadskanaal, pero sería incapaz de reconocer Hoogezand si me depositaran en el centro de la ciudad.

Felipe es implacable. Todos los días practicamos juntos. Algunas veces me agarra fuerte de la mano, como se guía a un niño cuando tiene

que cruzar una calle con mucho tráfico, una calle llena de palabras extraviadas.

Después de diez días reconozco todas las pastillas y sé cómo se llaman. Así que estas vacaciones, en realidad, no son para descansar. Por la tarde o si no he practicado lo suficiente, se me olvidan los nombres de nuevo. Entonces pregunto por las pastillas azules y las blancas y le digo a Felipe que por nada del mundo se olvide de las amarillas y de las naranjas porque me van de miedo, sobre todo para la memoria.

El botón correcto

Comemos en la cafetería del Four Seasons Hotel. Voy a sentarme al vestíbulo y cojo la cámara de fotos. De repente me sobresalto y me vuelvo hacia Felipe como últimamente hago cada vez que me llevo un susto, lo que ocurre a menudo.

—Felipe, no me acuerdo de cómo funciona este aparato, ¿qué hago? —no lo digo, lo gimo.

Felipe mira la cámara.

—Tampoco yo lo sé, úsalo sin más, seguro que sale bien.

Sí, en su caso tal vez. Pero él tiene mucha más facilidad para la técnica que yo y no ha sufrido una encefalitis. Arrojo enfadado la cámara a un rincón.

Con todo, nos ponemos en marcha y de tanto en tanto aprieto un botón y luego otro. A veces doy vueltas a algo. Por la noche miramos el resultado. Han salido unas fotos raras, no feas, pero raras. Hay movimiento, velocidad. Hay mucho movimiento. Sobre todo, en las fotografías de estatuas con mil años de antigüedad.

Sólo al cabo de un tiempo comprendo por qué: estoy temblando. Tiemblo continuamente. No es el temblor y la agitación de unos meses atrás, no es ya el terremoto sin fin de entonces, se trata simplemente de una constante falta de sosiego. Siempre hay un ligero temblor, es como un principio de Parkinson o como cuando alguien se encuentra muy a disgusto, como si hubiera ido a visitarse a sí mismo.

No me dejo amilanar por agitación tan estúpida y agarro la cámara con fuerza, lo que provoca una sacudida de tal magnitud que aparato, bolsa y yo mismo acabamos en el suelo. «Venga, no, déjate llevar», pienso e intento relajarme, pero tiene el mismo efecto: me caigo. Después de haberme puesto en pie a duras penas y después de que la cámara haya aterrizado unas cuantas veces en distintos

rincones, empiezo de nuevo. Lo hago sin pensar y miro qué sale. No tengo elección.

La ventaja de una cámara digital es que puede borrarse de inmediato lo que no queda bien. Me lleva un tiempo descubrir qué botón tengo que apretar para borrar, pero luego es el que más uso. No obstante, después de unos cuantos días llego a la conclusión de que las imágenes son menos complicadas que las palabras. No son tan fáciles de perder y a veces son más claras.

Sigo buscando el botón con el que pueda registrarse para siempre, sin tiritar, lo que se ve.

Humareda

Quería ir a Bali para enterrar mi pesadilla. De lo que no me he dado cuenta es de que el entierro ya había empezado. En el avión de Singapore Airlines empiezan a salirme nubes de humo de la nariz. La azafata echa correr con botellas de agua.

—No. Sin gas y que no esté fría —rujo.

Pero, por más botellas de agua Evian a temperatura ambiente que me echa, las nubes siguen humeando por mi nariz.

En Bali vamos directamente desde el aeropuerto a un funeral. No es fácil porque llegamos tarde por la noche y los funerales empiezan a las doce del mediodía cuando las estrellas son favorables. Al mediodía las estrellas no se ven, pero son favorables.

Veo ofrendas humeantes, bueyes de papel maché carbonizados y observo a los familiares que hurgan en las cenizas en busca de huesos y espíritus extraviados, pero no veo a mi pesadilla por ninguna parte.

Decido intentarlo en otro sitio y propongo que vayamos al riachuelo donde hace diez años vimos bañarse a unos balineses. Llegaban caminando con una toalla al hombro y una pastilla de jabón en las manos.

Resulta que en ese lugar ahora hay un Dunkin Donuts, junto a un Kentucky Fried Chicken y está rodeado por tres supermercados con auténtico arte balinés y veintitrés tiendas donde venden estatuillas de madera fabricadas con las máquinas más modernas. Casi todas las tiendas están cerradas porque no hay turistas en Bali. Permanecen lejos por temor a las bombas y al humo que sale de ciertos turistas.

—¡Aquí no puedo enterrar a mi pesadilla! —le grito a Felipe y me pongo a patlear. Eso parece formar parte de la ceremonia ya que, por lo que sé, hay todo un pueblo a mi disposición dispuesto a ayudarme

con el entierro a cambio de una exigua retribución. También puedo casarme si lo prefiero, pero es más caro: hay más demanda, incluso aunque no haya turistas.

Agarro una pataleta. No sólo porque no pueda deshacerme de mi pesadilla, sino sobre todo porque, de repente, me acuerdo de cómo era esto hace trece años. Yo, el que cree que no recuerda nada, sé de pronto qué jabón utilizaban entonces los balineses: pastillas de color rosa y verde claro de Lux. Vuelvo a ver las flores que llevaban los jóvenes de Bali en la oreja: en la derecha si estaban casados, en la izquierda quien estaba soltero. De pronto vuelvo a recordar la sonrisa de una anciana antes de quitarse el sarong y meterse en el agua.

Estoy furioso porque el pasado arruina el presente. ¿No es ésa una enfermedad de los no afásicos, que desde hace un año yo no padecía?

Estoy enfadado porque el espíritu de mi pesadilla ha desaparecido justo cuando quería organizarle un auténtico entierro balinés.

¿Es que vuelvo a ser el de antes? Me sale humo de la nariz, cosa que es una novedad. Me aferro a eso humo durante ocho días. Durante ocho días bufo porque las cosas ya no son lo que eran. Durante ocho días, como un auténtico no afásico, estoy hecho un basilisco por aquello que no puedo enterrar porque las cenizas ya se han volatilizado parcialmente.

Entonces cogemos el avión para Kuala Lumpur. Quiero arrojar mi pesadilla desde la última planta de la torre más alta del mundo.

Viewmaster 10

Camino tras el féretro de mi hermano Victor. Ha muerto a la edad de 31 años a causa del virus contra el que yo sigo luchando con éxito. No lo puedo remediar y me imagino que estoy aquí y al mismo tiempo estoy tendido en el féretro. Siento el peso de la tapa sobre mí, huelo el aire asfixiante y me balanceo al ritmo de los portadores del féretro con sus sombreros de copa negra. Lleno de pánico me vuelvo hacia Felipe y me abrazo a él. Me acaricia la cabeza suavemente y poco a poco me doy cuenta: si ya es difícil estar en un sitio, imagínate estar en dos sitios a la vez.

L'amour l'après-midi

Hoy Felipe y yo hemos hecho el amor por primera vez en más de un año. Felipe ya lo había intentado antes algunas veces, pero no era sólo que también se me hubiera olvidado eso, es que no quería aprender: esa intimidad casaba con la persona con la que yo era antes de enfermar, no con el extraño en que me he convertido.

Pero después de comer, durante la siesta, cuando pensaba que Felipe ya llevaba un rato dormido y también yo tenía los ojos cerrados, se ha vuelto hacia mí y me ha rodeado con sus brazos. Esta vez no para acarreararme o para consolarme, sino para estrecharme. He sentido su cuerpo contra el mío y de repente he podido descifrar la escritura en braille de su piel. Ha sido como una de esas palabras perdidas cuyo significado encuentro en un momento inesperado. He recuperado algo que me había sido hurtado y he temblado, esta vez no de impotencia, sino de alegría por el reencuentro. Una vez que empezamos, con su boca en la mía y sus manos en los lugares precisos, todo ha sucedido por sí solo. Ha sido más fácil que aprender a caminar de nuevo, pero tal vez fuera porque estaba tumbado y no había motivo para temer una caída.

Cuando al terminar yacíamos jadeantes uno junto a otro, he vuelto el rostro de Felipe hacia mí y lo he mirado directamente a los ojos. Por fin, después de más de un año, estaba en casa.

Virgen

—¡Qué rica está esta tarta! —me digo ante la Sachertorte que me como todas las tardes en la pastelería Escribà a la vuelta de la esquina.

—¡Nunca he comido una tarta tan rica! ¡La viruta de chocolate, sobre todo, me parece exquisita! —exclamo con la boca llena dirigiéndome a Christian Escribà, quien ya lo sabe desde hace tiempo, pero a quien no importa oírlo de nuevo todos los días a las cinco menos veinte.

Como mi memoria ya no es lo que era, me parece como si hiciera todo por primera vez. Un plato de lechuga, ¿qué sabor tendrá? El sexo, ¿cómo será? Ambas cosas resultan ser maravillosas, sorprendentemente maravillosas, sobre todo si están bien aliñadas. Unas hojas frescas de lechuga, con un poco de aceite y vinagre, una pizca de sal y pimienta y unos piñones, es lo más rico que existe. Respecto al sexo sucede lo mismo, también es cuestión de buenos ingredientes. Ni demasiados ni demasiado complicados para potenciar el auténtico sabor.

¿Quién tiene en su vida la oportunidad de experimentar por segunda vez algo por primera vez? A mí me sucede todos los días. Cuando empiezo el paseo que Ollie y yo damos todas las mañanas desde hace cinco años, me pregunto: «¿Qué ocurrirá hoy?» Y todos los mañanas me sorprende de nuevo por el hecho de que Ollie tire de la correa. Todos los mañanas disfruto de los árboles de la Gran Vía y todos los mañanas aspiro profundas bocanadas de aire.

Todos los días me relamo de nuevo con la tarta de chocolate como si nunca en mi vida hubiera probado algo tan exquisito, todos los días me maravillo con los colores de Paul Smith y Bernard Frize. Nunca hasta ahora me he sentado en un avión y me aferro al sillón cuando

nos cimbreamos en el aire.

—¡Soy virgen! —exclamo con el chocolate todavía en los labios mientras atravesamos las nubes. Toda mi vida virgen, virgen para siempre, virgen de nuevo cada día.

Un auténtico engaño

Observo la foto de Edwin Zwakman que he comprado esta semana. En ella se ve una mesa dispuesta para el desayuno en un piso de un barrio nuevo. La mesa está cubierta con un mantel de cuadros blancos y azules, un cuchillo se apoya inclinado sobre uno de los tres platos, una servilleta arrugada da la impresión de que los ocupantes del piso se han levantado a toda prisa de la mesa para coger el autobús a tiempo. Uno de ellos se ha dejado olvidado un bocadillo envuelto en plástico.

El sol de la mañana arroja una suave luz sobre el paquete de galletas, los fideos de chocolate y el zumo; la mermelada de albaricoque en el tarro de cristal es casi transparente. En el alféizar hay plantas además de un cactus con forma de conejo, una paloma de piedra, un gato, también de piedra, y un cenicero de cristal. Se puede apreciar el reflejo del cuarto de estar en la ventana y, si uno se fija bien, se percibe muy vagamente el contorno del fotógrafo.

La cálida luz, las puertas naranjas con ojos de buey de las casas que hay enfrente del piso, el visillo, los fideos de chocolate, todo hace que la fotografía sea típicamente holandesa.

Pero la mesa del desayuno no es una auténtica mesa dispuesta para el desayuno, el piso no es un auténtico piso: todo es un montaje. El cuarto de estar y las casas con grandes ventanales del otro lado son una maqueta, la luz procede de un foco, todo lo que parece grande en realidad es pequeño. La fotografía de Zwakman no es lo que parece, lo auténtico es falso.

Zwakman desconcierta. También yo hacía eso cuando estaba

en el hospital ahora hace seis meses. Todos los días venía un psiquiatra a mi cama para preguntarme en qué época del año estábamos. Fuera estaba nevando y había un adorno de Navidad en la mesilla, pero yo no tenía ni idea de en qué mes estábamos. Al psiquiatra le respondía que yo no contestaba a preguntas necias y veía la desesperación en sus ojos. Se preguntaba si es que yo no sabía la verdad o me negaba a decirla. Me parecía todo un logro poder desdibujar la realidad dando la impresión de que la desvelaba.

Eso es precisamente lo que me atrae de las artes plásticas: la absoluta ambigüedad, la confusión. No sabes qué estás viendo o crees que lo sabes, pero es otra cosa. El psiquiatra pensaba que me encontraba en el hospital porque algo iba mal en mi cerebro. No se daba cuenta de que él estaba participando en una *performance*, no sabía que yo imitaba a Zwakman. Tampoco yo lo sabía.

Mi obra costó bastante más que la de Zwakman. No sé si su valor aumentará con el paso del tiempo. En el caso de Zwakman no tengo la menor duda.

Sin las gafas puestas

—Si lo has olvidado todo —me dice la gente—, si no recuerdas nada de lo de antes, ¿cómo es posible que reconozcas todas esas obras de arte, desde lejos, sin las gafas? Explícanoslo —dice la gente.

No lo sé. No sé nada, sólo puedo hacer conjeturas. Sé que algunas personas se vuelven incapaces de decir media palabra, pero se saben las letras y la melodía de todas las canciones. Esas personas dejan de hablar o de escribir, pero pueden cantar estupendamente. Esa parte de su cerebro no está lesionada.

Tal vez a mí me haya ocurrido lo mismo. Tal vez estén lesionadas todas las partes de mi cerebro excepto la que se ocupa del arte contemporáneo, que permanece intacta. Con todo, no es como en el pasado. Sigo considerando bonitas las mismas cosas que antes, sólo que ahora me parecen mucho más bonitas. Me siguen gustando los mismos artistas, sólo que ahora me parecen mucho mejores. El hecho de que en algún momento comprase algo de Roni Horn y Bill Viola me parece una genialidad por mi parte.

En cierto modo eso es lo único que puedo apreciar del que fui en otro tiempo. Soy incapaz de saber cómo eran las cosas, cómo era yo. Puedo leer los textos que escribía entonces, pero leer me cuesta mucho y no entiendo todo. Por ahora mis propios textos me resultan demasiado complicados. Con el arte funciona de otra manera. Lo contemplo y pienso: «Es preciosos». Me llega al alma como me ocurre con la mirada de Ollie, nuestro perro.

Hay otras facetas intactas en mi cerebro: sigo queriendo a la misma gente. Sólo que ahora los quiero más. Hay mucho que se ha perdido por el camino, pero lo que permanece ha aumentado en intensidad. Es la otra cara de mis ataques de ira. Nunca se me habría ocurrido

que alguna vez podría enfadarme tanto por algo. Nunca se me habría ocurrido que alguna vez podría querer tanto a la gente, que los ojos se me llenarían de lágrimas mientras veo venir caminando a Felipe desde el balcón.

De modo que lo que ha quedado se parece como dos gotas de agua al arte contemporáneo: hay mucho que se ha perdido, pero lo que hay está presente de una forma extraordinaria. Tal vez sea ése el motivo por el que reconozco el arte contemporáneo, desde lejos, sin las gafas.

Memoria

—Vamos a jugar a un nuevo juego —me dijo ayer la logopeda de la Asociación Afasia. Como a los afásicos a veces se nos olvidan las cosas, cree que nos hemos convertido en niños a los que sólo puede entretenerse con jueguecitos. Le gustaría que la vida entera fuera un juego mientras que nosotros acabamos de enterarnos de que la vida no es ningún juego o, en todo caso, un juego en el que no podemos participar.

De todos modos me había preparado cinco juegos para ejercitar la memoria, uno para cada tipo de memoria. Ya no me acuerdo de cuáles eran los juegos así que tampoco sé qué cinco tipos de memoria hay. Lo único que sé es que, en mi caso, la mayor parte de esos cinco tipos no funciona bien.

El juego con el que empezamos y en el que nos quedamos atascados, por lo que puedo recordar, consistía en que la logopeda leía en voz alta quince palabras que yo luego debía repetir. Nariz, jardín, padre, color y once más. Una vez que la logopeda hubo leído la lista, sólo pude recordar una palabra: padre. La logopeda volvió a leer la lista. Padre, color, nariz. A la tercera lectura recordaba café, geranio y radio, aunque esta última no estaba en la lista. A la cuarta y quinta vez me acordé de siete palabras, pero entre las siete que recordé la quinta vez no figuraba ninguna de las que había mencionado en el cuarto intento. Así pues, puedo recordar todas las palabras, pero no al mismo tiempo, lo que, al parecer, no vale.

No estoy para nada de acuerdo con las reglas del juego, con ninguna regla del juego; estoy en contra de que existan reglas del juego en general. Me fastidia bastante ser incapaz de decir quince estúpidas palabras una detrás de otra. Olvidar una o dos me parece normal, pero olvidar más de la mitad me cabrea bastante. Le dije a la logopeda que

eso ocurría porque las palabras no tenían nada que ver una con otra.

—¿Qué tiene que ver nariz con jardín? —grité enfadado— No se puede crear ninguna historia con ellas, no puede establecerse ninguna regla nemotécnica a la que agarrarse y yo, ahora, si no tengo donde agarrarme, me voy al suelo.

Me contestó que de eso se trataba, que no había ningún vínculo y que, sin embargo, tenía que retenerlas.

¿Por qué tengo que retener algo en lo que no hay vínculos? Prefiero olvidarlo.

Los no afásicos hacen todo lo que pueden, pero no pueden comprender de verdad. En la Asociación Afasia son bastante pacientes, pero la vida real funciona de otra manera. En la vida real la gente no tiene tanto tiempo y a veces nos consideran tontos y pesados. Yo mismo me considero bastante pesado, pero, como por ahora no hay otro Han disponible, tengo que arreglármelas conmigo.

Aunque me voy a vengar: en la próxima clase le voy a sacar a la logopeda la chorrada esa de lista con las quince palabras, voy a hacer una historia larga en la que aparezcan las quince palabras y luego ella va a tener que volver a contar la historia usando las quince palabras. Voy a practicar con ella hasta que se sepa las quince. ¡Y pobre si se le olvida una!

Salida de emergencia

Desde el espantoso invierno del 2001-2002 el pasado no existe para mí y todavía no estoy preparado para el futuro. Vivir en el presente tiene sus ventajas. Muchos filósofos orientales y renombrados psiquiatras lo aconsejan. Lo que ocurre es que a los occidentales les cuesta mucho: por lo general el presente se encuentra comprimido entre el pasado y el futuro, para el presente apenas queda espacio.

Me parece un auténtico lujo poder desenvolverme así en el presente. Lo malo viene cuando de improviso te asalta el pasado. Eso me sucedió la semana pasada. Había quedado con mi médico en el *Academisch Medisch Centrum* para hablar de mi apoyo financiero a un programa de investigación sobre el SIDA. No se trataba de una cuestión médica así que no tenía nada que temer: no había establecido un vínculo entre mi cuerpo y el AMC; para mí, ese día sólo existía un vínculo entre mi monedero y el AMC.

Pero mi cuerpo tuvo su propia manera de reaccionar a la situación y me di cuenta demasiado tarde, una vez que entré en el hospital. De pronto a mi cuerpo ya no le parecía bien estar allí y quería irse.

—Tonterías, tenemos cosas que hacer aquí —dije con firmeza.

—¡No! —refunfuñó mi cuerpo—. Sólo me quedo si permanecemos cerca de la salida de emergencia para poder escapar si quieren retenerme.

—Nadie quiere retenerte, no has venido aquí para eso.

Pero no sirvió de nada. En primer lugar mi cuerpo actuó como si nunca antes hubiera estado en el AMC; de pronto ya no recordaba el camino y preguntó a la recepcionista cómo llegar al despacho del doctor Lange, un despacho donde había estado ya cincuenta veces.

Nos perdimos doce veces. Pregunté el camino en cada esquina, pero no escuchaba las explicaciones. Me enfadé muchísimo conmigo

mismo: «¿Cómo pude ser tan tonto para quedar en el hospital? Tú mismo te lo has buscado».

Pasaba como una sombra por delante de las salidas de emergencia, permanecía junto a las puertas y me decía todo serio:

—No has venido aquí por ti, has venido por tus cuartos.

Pero no lograba convencerme. Salía pitando cuando veía a alguien vestido de blanco y el corazón empezaba a palpitarme más rápido cada vez que veía un estetoscopio.

Gracias a Dios, mi médico no llevaba bata blanca: se había vestido como una persona normal, lo que me hizo creer que mi disfraz de visitante sano funcionaba y todo el mundo caería en la trampa.

Entonces me acordé de cómo, años atrás, sacaba a pasear una y otra vez a nuestro perro en compañía del veterinario para que, a fuerza de frecuentarlo, se le olvidara que de ningún modo lo quería visitar. Así perdió el miedo. Así tengo yo ahora que frecuentar el AMC para sepultar las experiencias desagradables bajo la frecuencia de su compañía.

De modo que mañana vuelvo. Y pasado mañana y al día siguiente. Voy a ir tan a menudo que ya ni me voy a dar cuenta de que en realidad no quiero ir al AMC. Voy a enterrar el desagradable pasado bajo el agradable presente.

Viewmaster 11

Estoy tumbado en el sofá de nuestra terraza en Barcelona y miro hacia el mar. Suena el teléfono. Es mi médico de Holanda. Tiene noticias «no muy buenas»: de nuevo me han bajado los T4; ha llegado el momento de volver a cambiar de medicinas. En los últimos diez años el virus ha desarrollado resistencia a la medicación disponible hasta ahora, pero mi médico tiene información sobre un ensayo en América con los medicamentos más novedosos. Ya ha enviado mis datos a Estados Unidos, pero tengo que ir personalmente a Washington para que me tomen una muestra de sangre lo antes posible.

No vuelvo al cómodo sofá, sino que me quedo de pie junto a la barandilla de la terraza y miro hacia el Mediterráneo que hasta hace un momento parecía infinito: el horizonte se confundía con el cielo despejado. Ahora, de pronto, se dibuja nítidamente una línea negra. Aprieto los barrotes con tanta fuerza que empiezan a dolerme los dedos. Entonces entro y preparo la maleta.

Fiesta

Ayer volvió a haber una fiesta en la Asociación Afasia. Unas cuantas veces al año organizan, organizamos, un encuentro, una comida o una especie de cóctel. Esta vez se trataba de un cóctel de otoño con canapés y bebidas.

Fui el único que no bebió cava; todos los demás afásicos tenían constantemente sus copas llenas. No hay ninguna diferencia entre un afásico sobrio y otro borracho. Un afásico renquea y se tambalea, confunde las palabras, repite lo que ya ha dicho, te mira un tanto aturdido y se desploma sobre una silla. Y todo esto sin haber bebido una sola gota de alcohol. Después de cinco copas de cava hace exactamente lo mismo.

Volví de lo más contento a casa. Estaba contento porque la mayoría de los asistentes estaban mucho peor que yo. Después de cinco años de terapia intensiva, hay muchos que sólo pueden decir tres palabras y utilizar dos dedos. Hay muchos que están tremendamente satisfechos con ese enorme avance.

También estaba contento porque pude hablar de afásico a afásico.

—¿Qué te parece ser afásico?

—Me parece... —Entonces el otro afásico fue a sentarse porque sabía que encontrar la palabra adecuada podía llevarle fácilmente cinco minutos. Por lo general no encuentra la palabra adecuada, pero tampoco hace falta. Sé exactamente lo que quiere decir. «Un coñazo» es la palabra adecuada, un tremendo coñazo. Pero la cosa va muchísimo mejor que al principio.

Estaba contento porque los otros afásicos también tienen dificultades para leer y la mayoría tampoco entiende las películas. De hecho soy un ejemplo de lucidez y equilibrio comparado con buen

número de los afásicos con los que intenté hablar ayer. Todavía me entran ganas de gritar indignado que después de año y medio sigo con vértigos, pero hay afásicos que, siete años después de un infarto cerebral, apenas pueden dar tres pasos.

Estoy contento porque todos decimos lo mismo: cómo es posible que estemos bien y que al momento siguiente nuestra vida entera sea un desastre, como si hubiera ocurrido un terremoto. Nuestra vida y la de la gente que nos rodea se ha venido abajo. Sacudimos la cabeza porque seguimos sin poder creérnoslo: después de tantos meses, después de tantos años, seguimos sin poder creer que de verdad nos haya pasado esto.

Es posible que nos mareemos menos cuando empecemos a creernos que de verdad nos ha pasado. Es posible que entonces caminemos algo más erguidos. Es lo que hay y más nos vale poner buena cara al mal tiempo.

Trozos y partes

He comprado un libro. No es el primer libro que he adquirido en los últimos diecinueve meses: ya he comprado antes un libro, pero era para la clase de lectura, de modo que era una obligación y no cuenta. Ahora he comprado un libro sin más.

El hecho de que haya comprado un libro sin más es excepcional, pero cómo me enteré de la existencia del libro es aún más excepcional. Lo leí en el periódico esta mañana. No he leído el artículo entero pues tenía más de cuatro renglones, pero sí leí que se trataba de un libro con entrevistas a escritores. Se titula *Confesionario*, pero cuando llegué a la librería hacía ya rato que se me había olvidado el título. Pregunté por «un libro sobre escritores con fotos aquí y allá» y el librero lo sacó como por arte de magia. Es clarividente o tiene experiencia con afásicos.

No sé si leeré el libro, pero la cuestión no es esa. En ese sentido, no va a haber muchas diferencias con los otros cientos de libros de la estantería que he comprado por solidaridad con los escritores. Son un gesto de buenas intenciones y como la mayoría de las buenas intenciones no tienen más que valor simbólico.

Ahora, siempre que leo algo, tengo la impresión de que no lo comprendo por completo. Pero esa impresión la tengo con todo. Manipulo, actúo, pero sigo sin hacerme de veras con las cosas. Entiendo una frase, una imagen puede gustarme, pero no veo el conjunto, la conexión que otros parecen ver. Veo trozos y partes, lo que para mí es más que suficiente. ¿De qué sirve una conexión? ¿para qué vale? Dame una palabra bonita, una frase cautivadora, algo breve y conciso con lo que pueda hacerme.

Miro las palabras y las frases como si fueran fotos de una revista de moda o de arte. E incluso en esas fotos veo sobre todo partes, un botón por aquí, un calcetín por allá, el trazo de una imagen, el color del fondo. No sé de qué trata y desconfío de todos los que dicen que lo

saben, porque, como muchos otros necios, tengo poca confianza en lo que no entiendo.

Así que he comprado un libro y espero que en él figuren unas cuantas frases bonitas, una palabra bonita aquí y allá. Algo que pueda leer veinte veces y disfrutarlo. Disfrutar de un libro. Es una novedad, creo, porque también en relación con esto se aplica: recordar de veras no puedo.

Rascar

Arrojo el libro de Sándor Márai por la habitación.

—¡No quiero leer!

—Pero puedes leer, ¿por qué no quieres? —exclama la logopeda.

—Y cómo lo voy a saber yo, tú eres la que has estudiado para eso.

—Entonces vamos a hacer otra cosa.

La logopeda saca un libro finito, un libro ilustrado con imágenes de patitos en un estanque.

—Lee. En voz alta y clara.

El libro trata sobre la importancia de que los demás te llamen con el nombre correcto si eres un pato. En él las palabras no resultan un obstáculo, las ilustraciones me gustan.

Le pregunto a la logopeda si tiene más libros de patos y voy a toda velocidad a sentarme encima de la novela de Sándor Márai.

Tiene otros doce libros ilustrados, libros sobre patos, perros, gatos, osos, vacas y terneras y mañana voy a leerlos todos. Los libros para niños de hasta cinco años los sigo bien, algo más difícil se me escapa. Sándor Márai me provoca calambres en el culo.

¿Por qué me apetece algo que no quiero? ¿Es ésta la sensación de que me falta algo? ¿Se debe a que parece como si fuera estuviesen celebrando una fiesta, pero yo no pudiera ver nada porque los cristales de mi habitación estuviesen empañados?

Limpio los cristales con la manga, por un momento creo ver algo, pero el cristal vuelve a empañarse de inmediato y sólo veo manchas y rayas que se mueven.

Tal vez sea como con mis músculos, también tengo que ejercitarlos para fortalecerlos de nuevo. Antes tenía muslos fornidos, ahora ya no tengo muslos, floto sobre las rodillas, cuelgo en el aire. Según el fisioterapeuta, puedo recuperar los muslos si hago mucho ejercicio. Los recupero porque siguen estando ahí.

Me recuerda a los sorteos en que hay que rascar una película en una papeleta para ver si se ha obtenido una combinación ganadora. Tengo que rascar para ver si recupero los músculos, tengo que rascar para recuperar las palabras, la voluntad.

Mañana voy a comprar una nueva papeleta. Empiezo con libros de patos y luego sigo con perros, gatos, osos, vacas y terneras hasta llegar a Sándor Márai. Las ganas por Sándor Márai están en alguna parte, de eso estoy seguro, es cuestión de rascar en el lugar adecuado.

Afectación

Ayer vino a visitarme un colega afásico. Estuvimos hablando sobre la condición del afásico.

—Puedes hablar y puedes andar, no te pasa nada, no te hagas el interesante —mi colega empleó tres horas y media para decir eso.

—Pero si a esa afectación le doy una bonita envoltura, si le creo una forma original, ¿cuenta?

—Pero si tú no cuentas.

—Eso es cierto, me cuesta contar, no paso del cuatro.

Luego hemos ido a tomar un café a la pastelería de la esquina porque todavía no sé hacer café.

El asunto me inquieta un poco. Yo que por fin me había creado una identidad y resulta que no vale: soy un afásico de pega. Es el problema de mi vida, siempre estoy en medio y en ninguna parte.

Mi colega me contó que hace trece años tuvo un accidente de coche, estuvo sin hablar durante mucho tiempo y se movía en una silla de ruedas. Hace sólo dos años que habla y camina.

—¿Te enfadas alguna vez? —le pregunté— ¿Llegas a enfadarte tanto como para no poder volver a pisar algunos sitios?

—Nunca me enfado.

—¿Y no se te olvidan las cosas?

—No se me olvida nada.

—Yo olvido casi todo —murmuré, pero, por supuesto, se me había olvidado qué es lo que olvido siempre.

Mientras tanto me toca aguantar el chaparrón. A mis colegas afásicos les parece que estoy demasiado bien para ir de afásico por la vida, a mis colegas escritores les parece que no soy suficientemente bueno

como escritor: mi primer libro fue a parar a De Slegte, una librería de viejo, el segundo y el tercero están todavía sin publicar. A mis colegas periodistas nunca les parecí un auténtico periodista y tengo la sensación de que no guardo muchas semejanzas con otros gays, seropositivos y holandeses residentes en el extranjero.

La única persona que me ve bien integrado es la mujer del banco. Ayer me llamó para contarme que van a abrir una oficina especial para ricachones y que estoy invitado. Pero ése es un club para el que no se precisa saber hacer nada y es demasiado fácil para mí.

Busco un club en el que esté integrado de verdad y temo que semejante club sólo va a tener un miembro: yo. En mi opinión, hay ya un montón de esos clubs-yo, seis mil millones en el último recuento, pero puedo equivocarme porque no paso del cuatro.

Dolor

Felipe está en la terraza dando aceite a las sillas de teca. Me quedo de pie en el vano de la puerta.

—¿Cómo fue todo cuando ocurrió lo que ocurrió? —los mexicanos nunca llaman a las desgracias por su nombre por temor a atraerlas sobre sí de nuevo, de ese modo las fuerzas superiores que se ocupan de todos esos asuntos resultan engañadas, pero el buen entendedor comprende de qué se trata. Después de veinticinco años he hecho mía esa costumbre:

—¿Qué pasó exactamente?

Felipe deja la brocha sobre el brazo de la silla, se queda un momento con la mirada perdida y luego dice:

—Tu padre estuvo sentado junto a tu cama todos los días. Tú no decías nada y él tampoco.

Veo a mi padre sentado junto a mi cama en la penumbra. Un hombre grande que se siente pequeño en la habitación a media luz. Lee el periódico y de vez en cuando mira hacia mí para ver si quizá doy muestras de reconocerlo. Su tos no rompe el silencio.

Se me contrae el estómago, no quiero dejar entrar esa imagen en mi cabeza. El dolor retroactivo que experimento por la preocupación y la pena que sintieron él, Lisette y sobre todo Felipe es todavía tan descarnado que casi no lo soporto. Es como si, sonámbulo, les hubiese clavado un cuchillo en la espalda. No se me puede recriminar, no lo pude evitar, pero, aún así, les causé esa herida. Cada vez que alguien saca el tema, se levanta la costra de su herida y de la mía.

Lo peor de todo es que ya no podemos compartir ese dolor. Ya no es como antes, cuando Felipe y yo nos quedábamos durante horas abrazados en la cama, ya no disponemos de aquellos momentos en los que nos extraviábamos en la mirada del otro y que interrumpíamos

con un guiño inesperado. Ahora, cuando miro a Felipe, bajo los ojos. Vergüenza, sentimiento de culpa, lástima, impotencia: todo se mezcla. Quiero confortarle, quiero enmendarlo, pero no puedo, ya no soy el que conforta y enmienda. El temor a no ser nunca más esa persona me paraliza.

—¿Ese aceite es el adecuado para estas sillas?

Felipe me mira extrañado y asiente.

Me doy la vuelta y entro. Lo he intentado, pensaba que podría, que sería capaz de saber lo que pasó en realidad. Pero no lo logro, sigo sin dominar el dolor.

Lo más bonito del mundo

Ayer fui al neurólogo. Le llevaba el cerebro debajo del brazo para que le echara un vistazo.

Se entusiasmó de inmediato:

—Tiene un cerebro espléndido —dijo—. Y ¿sabe que es lo que encuentro más bonito? No quedan restos de aquel espantoso invierno. En el caso de la mayoría de la gente suele quedar algo, una marca, un cachito congelado, un trozo de hielo endurecido, pero en su caso no se percibe ningún resto en absoluto.

El médico insistió en que no había nada que ver.

Yo quería comentarle, sin embargo, algunas cuestiones. Le dije que me encontraba mejor que unos meses atrás y que por eso tenía muchos planes e ideas, lo que hacía que a veces me marease un poco. Le conté que quiero llevar a cabo esos planes inmediatamente porque no tengo tiempo que perder, tengo que recuperar esos dos años perdidos.

—¡Tengo prisa! —grité y le agarré de las solapas de la bata blanca—. ¡Doctor, tengo muchísima prisa, por eso estoy aquí!

Creo que en realidad quería decirle otra cosa, pero, visto su entusiasmo por mi hermoso cerebro, esta idea me pareció mejor.

El neurólogo no despegó la vista de mi resonancia, nunca había visto semejante preciosidad, era un auténtico placer.

—¿No tendrá una copia de este escáner? Debo reconocer que me encanta mirarlo —se ruborizó ligeramente.

—Claro que sí —repliqué—. Acabo de hacer 35.000 copias. Voy a colgarlo de todas las farolas de la ciudad. Toda Barcelona tiene que disfrutar de mi cerebro sano.

Entregué al doctor una copia y dejé otras veinte sobre la mesa para sus colegas y familiares. Me dio unas pastillitas para cuando me maree de mí mismo. No tuve que pagar. El neurólogo dijo que mirar esa preciosidad de cerebro era ya suficiente remuneración.

¿O dijo otra cosa? Ya no estoy tan seguro, pero lo que sé con toda seguridad es que enfilé la calle silbando. Silbaba y cantaba al tiempo porque era cierto: ¡yo nunca había visto un cerebro tan bonito!

Auténtico arte

No salgo de mi asombro por los formidables resultados de la resonancia. En español suena genial: «dentro de los límites de la normalidad». Estoy dentro de los límites de la normalidad. Por primera vez en mi vida.

La nota que lo acompaña es hermosa, un sobrio poema moderno con palabras que no riman pero que tienen un ritmo cautivador. Pero aún mucho más bonitas son las ilustraciones, las fotografías de mi cerebro normal. Son, sobre todo, repeticiones de la normalidad. Si se repite algo que es normal deja de ser normal, se convierte en excepcional, lo ordinario se convierte en extraordinario.

Esto me hace pensar en las fotos que me gustan por la fuerza de la repetición, en el arte minimalista por el que pago precios desorbitados. Y esto fue barato: sólo tuve que tumbarme un momento y me pusieron una inyección con un colorante para que el cerebro fuera bien visible. Es mi obra de arte, mi propia obra de arte.

Por eso he decidido descolgar a Roni Horn y Thomas Ruff de la pared. Me voy a colgar yo mismo con todos mis lóbulos cerebrales que están dentro de los límites de la normalidad. ¿Estará el Centraal Museum interesado? ¿Estará dispuesto a organizar una exposición de lóbulos normales? No obstante, aunque ningún museo muestre interés por ellos, me los quedo y los voy a disfrutar. Cada vez que con mis propios lóbulos vea mis propios lóbulos, los voy a disfrutar.

Cumpleaños

Hoy mi hermano Victor habría cumplido cuarenta y cinco años. ¿Qué aspecto tendría con esa edad? Me resulta difícil imaginármelo como un hombre de casi mediana edad, se ha quedado para siempre como un joven de treinta y un años, un joven perdido, un joven que he perdido.

No soy un tipo sentimental. Ha habido años en los que ni me he acordado de su cumpleaños, en los que ese día pasaba como cualquier otro. Pero esta mañana he sentido una necesidad enorme de hablar con él, de contarle por enésima vez que recuerdo con toda exactitud el momento en que nació. Ese día me había quedado en casa de mis abuelos en La Haya y estaba jugando fuera «sin ponerme el abrigo» porque hacía un estupendo día de verano. La más joven de mis tías, que sería su madrina, vino hacia mí. Llevaba un vestido blanco con grandes flores rojas. Cuando sujetó el manillar de mi patín para felicitarme por el nacimiento de mi segundo hermano le tintineó la pulsera con dijes dorados. Todavía recuerdo que, de pura alegría, empecé a patinar a toda mecha: por la acera hasta doblar la esquina para recorrer el paseo y otra vez de vuelta. Todos los años le contaba esta historia a Victor por su cumpleaños; se convirtió en una broma recurrente entre nosotros: a mí me gustaba contarle una vez más y él hacía como si lo oyera por primera vez para darme gusto a mí y también a sí mismo.

Por supuesto, ya no puedo felicitarlo, no hay ningún motivo. Se felicita a alguien porque ese día se celebra que él o ella haya vivido tantos años. Si esa persona no ha llegado hasta allí, se puede dejar una flor en su tumba y lamentar que el contacto ya no sea posible. Pero no soy aficionado a los cementerios, no me gustan las lápidas.

Me asombra la vehemencia de mis sentimientos trece años después de la fecha. Pero es que no es «todavía ahora», sino «ahora de nuevo». Los últimos dos años he utilizado la muerte de Victor como test para

observar si mis sentimientos sobre el pasado habían desaparecido de verdad. Pensaba en ella y esperaba a ver qué surgía. Nada. Podía recordar el momento a las tres de la madrugada en el hospital, los ojos cerrados que poco antes me habían mirado inquisitivos, la mano que ya empezaba a enfriarse, pero no experimentaba ningún sentimiento: ni pena, ni indignación, ni añoranza. Lo sabía con total exactitud, pero era como si me hubiera enterado de oídas. «Se acabó —pensaba entonces con alegría—. El pasado está borrado para siempre».

Repetía el test con cierta frecuencia y, para mi alivio, siempre comprobaba que seguía sin aparecer. De vez en cuando, de manera excepcional, un disco duro así de vacío resultaba poco práctico, pero era el precio que debía pagar por la libertad de un presente que había dejado de estar encajonado entre el pasado y el futuro.

Últimamente empiezo a preocuparme de nuevo por nimiedades, un abrigo que no me debía haber comprado, un texto que debería haber acabado hace tiempo, una explicación que debería haber matizado más. Me inquieto por naderías, empiezo a ser el de antes. No dejo que esta situación se imponga del todo y espero que desaparezca por sí misma. Pero desde esta mañana sé que ya no va a desaparecer. Mis lágrimas se debían a que echaba de menos a Victor y a que la anestesia ha resultado ser sólo temporal. Lloraba porque estoy mejor. Yo sí.

Tiempo prestado

Hace dos años la ignorancia era un alivio. No poder leer ni calcular, ser incapaz de seguir las películas o la televisión era fastidioso, pero, al mismo tiempo, las secuelas de la encefalitis me hacían la vida ligera y jovial. Sólo contaba el instante. No necesitaba nada, sólo aprender de nuevo a caminar, paso a paso, sin caerme. Ahora ando sin pensarlo, tan erguido como antes e incluso algo más decidido. De nuevo leo, escribo, planeo y organizo. El único motivo por el que no me siento el de antes es que no puedo recordar bien cómo era el de antes.

Tampoco quiero saberlo. Alimento la ilusión de que todo lo aprendido ha desaparecido igual que un virus informático borra partes de un disco duro de manera definitiva. Se han perdido años de curvas y recovecos aprendidos, sólo sobrevive el núcleo.

Esta ignorancia no siempre resultaba igual de práctica, pero me agradaba viajar sin equipaje, tenía la sensación de que progresaba más rápido sin arrastrar ese baúl lleno de trastos. Vivir en el presente es la última libertad, eso lo sabe cualquier recién nacido. El pensamiento de que nunca será de otro modo forma parte de esa libertad.

Durante los últimos meses he notado con gran espanto que estoy mejorando de verdad. El futuro empieza a imponerse y con cierta regularidad proyecta su sombra sobre el ahora. Por más soleado que intente imaginarme ese porvenir, hay que descontar del presente cada instante que lo pienso y no tiene ninguna gracia

Desear es el motor que nos mantiene en movimiento, pero es difícil desear algo de lo que no se tiene una imagen clara. Es más fácil anhelar algo que conocemos bien, algo que hemos vivido en carne propia. Hace dos años añoraba el año anterior, cuando aún lo sabía todo y era capaz de todo. Ahora prefiero recuperar algo de aquella inocencia: deseo mi propia virginidad aunque hace tiempo que dejé atrás mi primera

noche de bodas.

Querer controlar siempre todo es precisamente lo que hacía tan pesada mi vida anterior y de nuevo me sorprende con el anhelo no sólo de disponer de lo que hay, sino, sobre todo, de lo que todavía está por venir. Quiero sentir el futuro, quiero poseerlo ya por adelantado.

Ese deseo de controlar continuamente convierte mi cabeza en la más estrecha de las celdas, no existe prisión más angustiosa que la que se construye uno mismo. Ahora que de nuevo me mantengo firme en el suelo sobre ambas piernas, miro con nostalgia al pájaro que sobrevuela mi cabeza, el pájaro que yo mismo fui una vez.

hannekens@telefonica.net

